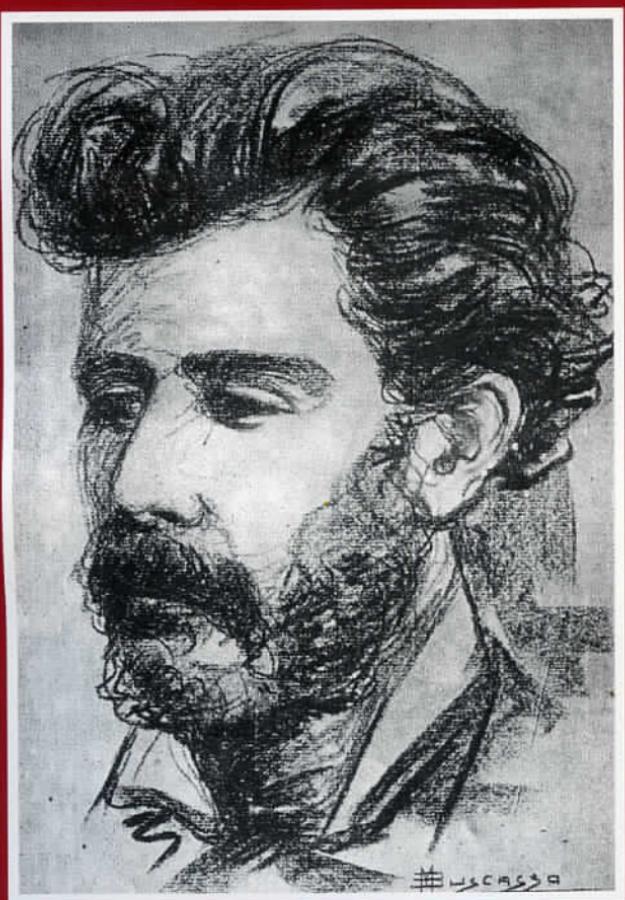


Juan Bosch Millares

DON ALFONSO ESPINOLA VEGA



TEGUISE . LANZAROTE

El 20 de julio de 2005, se cumplió los 100 años de la muerte del hijo ilustre de la Villa de Teguise el Dr. D. Alfonso Espínola Vega, con tal motivo se reedita el presente libro. Homenaje que hacemos extensible a todos los hombres y mujeres, que obligados a dejar nuestra tierra, buscaron un nuevo hogar en el otro lado del Atlántico.

En la historia de la emigración canaria hacia Uruguay, destacan de una manera especial los emigrantes lanzaroteños. Hombres y mujeres de nuestra isla figuran entre los primeros pobladores de la ciudad de Montevideo. Familias que fueron el reclamo para las más de veinte expediciones de lanzaroteños que llegaron a Uruguay en el periodo de 1803 a 1845. El propio Ayuntamiento de Teguise autoriza una emigración masiva hacia América. Las preferencias por viajar al Uruguay estaban justificadas por el deseo de las propias autoridades de aquel país, de que las familias que emigrasen fuesen de la isla de Lanzarote.

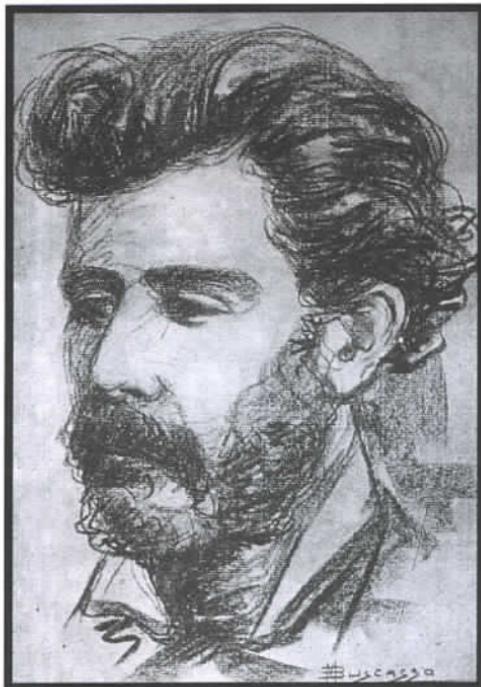
Y allí llegaron los vecinos de Teguise, Lorenzo Calleros, Antonio Méndez y Cayetano de Herrera que en 1729 colaboran en la fundación de Montevideo, Ildefonso de León que fundó la ciudad de Tala, y en 1878 llega a Montevideo el hijo ilustre de la Villa de Teguise don Alfonso Spínola Vega, que por su labor y dedicación a los pobres del Uruguay se le hizo un homenaje nacional.

La obra del Doctor Alfonso Espínola es el puente que une la amistad del Uruguay y Teguise y los pilares de ese puente lo mantiene día a día el Museo del Emigrante y el Archivo Histórico contestando las miles de cartas de los descendientes de los emigrantes, hombres y mujeres que dejaron sus vidas lejos de la tierra que les vio nacer, a los que hoy recibimos de la mano de sus hijos, nietos y lejanos parientes a través de cartas llenas de historia y vivencias, cariño y respeto. Nuestro homenaje y reconocimiento para todos ellos.

ALFREDO CABRERA DELGADO

Juan Bosch Millares

DON ALFONSO ESPINOLA VEGA



TEGUISE . LANZAROTE

JUAN BOSCH MILLARES

DON ALFONSO ESPINOLA VEGA



TEGUISE . LANZAROTE

DON ALFONSO ESPINOLA VEGA

Su vida y su obra.

La Villa de Teguise

Cuenta la historia que casi en el centro de la isla de Lanzarote existía cierta aldea grande que los naturales llamaban Acantife y que Maciot de Bethencourt, en los albores de la Conquista, sustituyó por el de Teguise, en honor del que llevó en vida la princesa ingenua que con su belleza cautivó su cariño. Cuenta ella también que, durante la regencia de Maciot, pariente del Conquistador Juan de Bethencourt, la Villa Capital contaba con un centenar de casas pobemente construidas donde se albergaron otro tanto número de habitantes. No es de extrañar, por consiguiente, que Don Alberto de las Casas, primer obispo de la isla, fundara su palacio en la misma, como lo demuestra el escudo labrado en piedra que se ha encontrado en una casa señorial cercana al templo parroquial y que diera principio, con la cooperación del regente, a la construcción de esta iglesia. Hemos de deducir, por lo tanto, que la historia parroquial de la Villa de Teguise data desde el primer tercio del siglo XV.

Cuatrocientos años después, la antigua capital de Lanzarote, conocida también con el nombre de San Miguel de Teguise, con una población de 3484 habitantes, aparece situada en una pintoresca cañada, a 216 metros de altura sobre el nivel del mar y montada al Sur de unos montes, entre los que se levanta el volcán de Chimia. En la falda de uno de ellos, llamado Montaña de Guanapay, colocado al Este y a corta

distancia de la Villa, se levanta sobre una colina el castillo del mismo nombre llamado hoy de Santa Bárbara, que fue célebre en nuestras crónicas por las invasiones de los moros.

Sus terrenos, en parte montuosos y en parte llanos producen cereales, cochinilla, patatas, cebollas y sandías que alimentan y crían a bastante ganado caballar, asnal y de camellos y su población, formada por casa en su mayoría de un sólo piso, se desarrollan a través de calles empedradas unas y arenosas otras, que dan salida a los productos de su agricultura y ponen en relación a sus habitantes con el mundo exterior.

De la historia y evolución de Teguise a través de los siglos se conservan en el XIX, al que nos referimos, como reliquias del pasado (*fig. 1*) ermitas de la Vera Cruz de San Francisco en el antiguo convento de la Madre de Dios de Miraflores, la de Santo Domingo en el de San Juan de Dios, el Castillo de Guanapay y la Mareta o alberca al pie de la colina que le sirve de asiento. Sin embargo, hay que hacer constar que sobre todas ellas perdura como algo inherente a la importancia que durante años adquirió la Villa, la Iglesia Mayor llamada de Nuestra Señora de Guadalupe, que construida, como acabo de decir, en el primer tercio del siglo XV, pasó por una serie de vicisitudes al ser abrasada primeramente en el año 1586 por las llamas de los argelinos y turcos de Morato Arráez, reedificada después tan pobemente que en 1596, diez años más tarde, cuando los ingleses invadieron la isla al mando de Jorge Cumberland, decía su capellán, el Dr. Layfield, que el templo carecía de ventanas; no había separación para el coro; y sus asientos eran unos poyos de piedra que corrían hasta el Altar Mayor.

De nuevo, en 1618, los moros invadieron la isla de Lanzarote a las órdenes de Xabán y Solimán, llevándose cerca de un millar de cautivos y quemando otra vez la iglesia, produciendo este hecho tal exaltación de los sentimientos cristianos, que al final de este siglo XVII surgió un hermoso templo debido a las limosnas del vecindario y a los cuantiosos donativos del obispo Don Bartolomé García de Jiménez, según la inscripción que aparece empotrada sobre el arquitrabe de la puerta principal. Esta edificación, de buenas proporciones y espontánea elegancia, con artesonados, tallado del coro,

Dr. Juan Boch Millares



Vista general de Teguise.

En el extremo de la izquierda se ve la Ermita del Cristo de la Vera-Cruz. En el centro, la Iglesia Parroquial de Santa María de Guadalupe y en el fondo y a la derecha, el edificio, de dos pisos, llamado Convento de Santo Domingo.



La Iglesia de tres naves, con su hermosa torre de sillería, de Santa María de Guadalupe. En el fondo de la fotografía se ve un edificio muy antiguo con techo a dos aguas, destinado a guardar los diezmos y primicias de la Iglesia de Dios. A este edificio le llamaban y llaman "La silla", por tener delante un banco de piedra, donde por las tardes se reunían a charlar los vecinos de la Villa.

cuadros de escuela española, altares, esculturas, ropas y vasos sagrados de un valor artístico imponderable por el derroche de riqueza, arte y fantasía, fue de nuevo pasto de las llamas el 6 de Febrero del año 1909 y reconstruida modernamente a base de cemento armado, con gran capacidad y buena luz (*fig.2*).

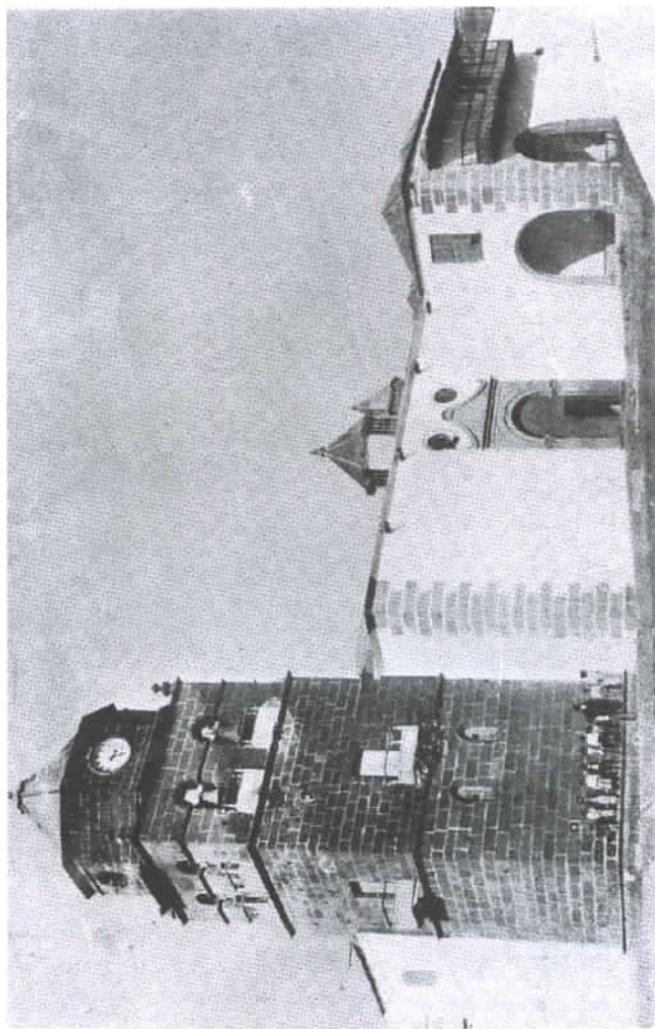
La iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, antes de su incendio en 1909, fue considerada siempre como la principal joya de Teguise y como la más hermosa de las Canarias, al decir de Viera y Clavijo. Compuesta de tres naves, con su hermosa y elevada torre de sillería, sus campanas y el reloj lanzaban sus sonidos metálicos al espacio llamando al cumplimiento de los deberes religiosos, pregonando y ratificando la necesidad de vivir en paz y marcando las horas del tiempo, como señal indeleble de la vida que pasa. En su interior se guardaban imágenes de poco valor artístico, pero ricos en contenido histórico. No otra cosa nos demuestra la de la Virgen de Guadalupe, patrona de la Villa (cuya fiesta se celebra el día 8 de Septiembre de cada año), al recordarnos que fue robada en el incendio del año 1618 por los berberiscos y llevada, y partida su cabeza en Argel por el sable de uno de los turcos, hasta que, recogida y restaurada en Sevilla por Francisca de Ayala, fue traída a Lanzarote y custodiada actualmente en la iglesia recientemente reedificada. En la nave izquierda de la iglesia existían la imagen del Cristo de la Vera Cruz, colocado bajo un dosel riquísimo, escultura del siglo XVII con su cabellera extendida hasta la cintura por el lado izquierdo de su cabeza y la de San Marcial, traída desde la ermita del mismo nombre en el Puerto de las Coloradas, antes de ser incendiada por los berberiscos en el año 1749.

Además de estas obras de imaginería, descubierta una hermosísima bandeja de plata repujada en alto relieve, con su centro formado por cinco pasajes de batallas y sus bordes repujados también con el mejor gusto y un coro construido en madera, primorosamente tallado, que fue destruido por el incendio de 1909.

Dentro de la circunscripción de la Ciudad encontramos el convento de la Madre de Dios de Miraflores, que empezó a construirse en el año 1588 por inspiración de Gonzalo de

Argote de Molina, el que dispuso, en una curiosa escritura extendida con los frailes franciscanos, que el convento se intitulase de la Madre de Dios de Miraflores y fuese edificado en Teguise, a cambio de construir, a su costa la Capilla Mayor con seis sepulcros a cada lado, de piedra de orla, encajados en los arcos de la pared, donde fuesen guardados los huesos de los Señores de la casa del fundador, fue pasto de las llamas en el año 1618, cuando los argelinos devastaron la isla de Lanzarote, siendo reedificado después, mediante limosnas, abriéndose de nuevo al culto con la misma extensión que poseía y tiene en la actualidad. La iglesia, de dos naves y con techo artesonado, en estilo mudejar, está en completo abandono y cerrada al culto, pero guarda en su interior la imagen de Nuestra Señora de Miraflores (salvada del incendio de la parroquia de Teguise en el año 1909 a donde había sido trasladada después de lo ocurrido en el año 1618), el retablo del Altar Mayor, los artesonados del presbiterio y los cuadros al óleo, de la Virgen de Miraflores y de San Martín. La pila de agua bendita, labrada en un solo bloque de piedra del país, y el púlpito son verdaderas joyas de arte.

No lejos del anterior convento, existe el llamado de San Juan de Dios para el que dedicó unas casas que había construido, extramuros de la Ciudad, en el año 1698, el capitán Gaspar Rodríguez Carrasco, vecino de Teguise, con el objeto de dedicarlas a hospital para curación y asistencia de enfermos pobres. Fue su propósito poner a su frente a los padres de San Juan de Dios de la provincia de Andalucía, pero no pudiendo venir dicha orden de predicadores por no ser de su institución el cuidado de enfermos y no contar con la ayuda económica necesaria para mantener médico y botica, en ocasión de haber arribado a la isla, en el año 1710, en calidad de aventureros, unos religiosos de la Orden de Santo Domingo, el referido capitán, según documento de 4 de Julio de 1711, les hizo donación de las mismas, para que fundaran en ella el convento, bajo el título de San Juan de Dios, con la condición de que habían de sostener una casa hospital para atender a los pobres de la Villa. Después de fuerte oposición, basada en la R.O. de 9 de Marzo de 1650, realizada principalmente por el Síndico del



La Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, antes de su incendio en 1909



Mareta de Teguise.
Al fondo, el Castillo de Santa Bárbara y la montaña donde está emplazado.

Convento de San Francisco, se llevó a efecto la fundación, en virtud de una Real provisión de fecha 10 de Febrero del año 1725, que exigía, como requisito indispensable, el funcionamiento de dicha casa hospital. Este requisito no fue cumplido y por consiguiente no se llegó a crear el establecimiento benéfico. Unido al mismo, estaba la iglesia de Santo Domingo, formada por dos grandes naves, una más antigua que la otra, de estilo mudéjar e incomunicada con una capilla que permanece sin terminar. En cambio, el convento construido por dos pisos hasta el siglo pasado (*fig. 2*) está hoy sustituido por un edificio de uno sólo, en cuyo frontis se lee un rótulo que dice "Palacio Municipal de Teguise". Hasta hace unos años, uno de sus salones estaba dedicado a escuela pública de niños.

En el extremo izquierdo de la ciudad, nos encontramos la ermita de la Vera Cruz, que por tener una sola nave muy amplia, es conocida también con el nombre de Iglesia de la Vera Cruz. En su interior se guarda una imagen de Cristo en la Cruz, muy venerado en la Villa, por tenerse la creencia de que apareció en la playa de Famara perfectamente embalado al haber naufragado el barco que le conducía a Vera Cruz, y dos grandes cuadros, al óleo, procedentes de las ermitas del "Espíritu Santo" y de la "Vega de San José", representando respectivamente "La venida del Espíritu Santo" y el segundo "Los desposorios de San José". Aún cuando se desconoce la fecha de su fundación, se sabe que por el año 1767, se celebraron en ella algunas sesiones del Cabildo General de la isla de Lanzarote.

No muy distantes del convento de la Madre de Dios de Miraflores, existe la antigua casa palacio del primer marqués de Lanzarote, actualmente deteriorada, con fachada de piedra, en la que aparecen, en ambos lados del dintel, dentro del círculo, grabadas las letras A.H. y M., que sin dificultad se traducen por Agustín Herrera Marqués, y la habitación-oratorio de la Cárcel Real dedicada al culto de San Francisco de Paula fundada por el capitán Gaspar Rodríguez Carrasco para que nunca faltare a los presos el consuelo de la misma. A este fin fundó una capellanía, siendo los encargados de decir las

mismas, el capellán Don José García Durán y los padres Dominicos. Según inventario del Ayuntamiento, existieron en dicha cárcel un cepo, una gruesa cadena, dos pares de grillos y una mazmorra.

Fuera de la Ciudad y en una de las colinas de la Villa, sobresale el Castillo Guanapay, centinela que avizora la llegada de enemigos por tierra y mar y la defendía con sus cañones. Construido a raíz de la conquista normanda, perteneció siempre a los señores de la isla y en muchas ocasiones sirvió de prisión, no quedando hoy de la fortaleza sino el recuerdo de un ayer digno de respeto por su noble ejecutoria. Condenado a perecer en manos de los saqueadores de todos los tiempos, un patrício amante, de las historias y de las glorias de Lanzarote, lo ha impedido erigiéndose en su custodio.

En la parte baja de dicha colina y sirviéndole de asiento, existe un gran estanque en figura de caracol denominado la Mareta o Alberca, obra de los primitivos isleños, que no es otra cosa que un vasto depósito o receptáculo para recoger las aguas pluviales que descienden de las alturas. Tiene de circunferencia 600 metros y se halla abierto en tierra, con un grueso empedrado en el fondo. Todos los vecinos están asistidos del derecho de servirse de sus aguas, pero con la obligación de contribuir a su limpieza y cuidado.

A un kilómetro de la Villa y en el centro de la Vega de San José, existió una ermita pequeña de su mismo nombre, que estuvo dedicada al culto de San Isidro Labrador, y sirvió de Oratorio a la casa particular a que está adosada. Hoy se encuentra casi destruida, pues sólo quedan en pie las paredes y su arco de entrada.

También se encuentra en las afueras de la Villa, la ermita de San Rafael, de pequeño tamaño, destinada al culto de San Rafael y Santo Tobías.

Infancia y juventud de Alfonso Espínola

En la Iglesia Mayor de Santa María de Guadalupe, parroquia de la Villa, con sus tres naves y hermosa y elevada

torre de sillería, fue bautizado Don Alfonso Espínola Vega. Así nos lo dice una partida inscrita en el libro 24, en su folio 198. "Yo Don Sebastián Mesa, Beneficiado Servidor de esta iglesia parroquial matriz de Nuestra Señora de Guadalupe, bauticé solemnemente a un niño que nació el día 22 de Diciembre a las seis de la noche, del año 1845. Fueron sus padres Don Melquiades Espínola, organista y Doña María Vega, naturales y vecinos de esta Villa. Sus abuelos paternos Don Manuel Espínola y Doña Angeles Bethencourt, sus maternos Don Pedro Pérez Vega y Doña Sebastiana Carreño, todos naturales y vecinos de Teguise. Se le puso por nombre Alfonso, Manuel, Tomás de los Dolores y fue su madrina Doña María Mercedes Espínola, soltera, también natural y vecina de esta Villa, a quien advertí el parentesco espiritual y obligaciones que por él contrae".

Si nos fijamos en los datos obtenidos de su filiación, nos daremos cuenta de que su ascendencia, en el orden familiar, era realmente histórica, pues encontramos en ella al general Ambrosio Espínola y al Conde de Bethencourt. Sin perjuicio de volver a ocuparme del primero dentro de unos instantes, conviene recordar que dos Bethencourt se casaron con princesas autóctonas, una, la famosa Teguise, hija de Guadarfía rey de Lanzarote y la otra Tenesoya, sobrina del rey de Gáldar. Descendía, pues, directamente, por diferentes entronques, del Conde de Bethencourt y de la princesa Teguise. No le fue en zaga su descendencia Espínola, desde el momento en que hallamos en ella algunos componentes que tienen rasgos análogos a los suyos, ya que fue nuestro biografiado desprendido sin límites, hasta dar todo lo que poseía, como lo fueron los cardenales Agustín y Marcelo Espínola; santo en el sentido de bondad, como los beatos Carlos y Alberto y generoso para el enemigo y fiel al amigo, demostración de la firmeza de su carácter y valor personal, como lo fue en vida el general antes nombrado Don Ambrosio Espínola. Si nos fijamos ahora en sus pasados más inmediatos, no podemos menos que destacar la figura de su padre Don Melquiades Espínola Bethencourt cuando buscando más amplios horizontes a sus necesidades y medios para dar educación a sus

hijos, se trasladó desde Teguise a esta ciudad de Las Palmas, donde fue escribano y profesor de colegio de este nombre. Su abnegación y solidaridad, compartiendo su caridad con el desvalido, alcanzó límites insospechados, hasta el punto de que, habiendo agotado en una mañana el dinero con que acostumbraba a socorrer a los menesterosos, se quitó la camisa que llevaba para entregarla a un indigente que estaba aterido de frío. Estas y otras acciones que le enaltecieron, fueron sólo hechos accidentales en su vida, pues cuando el cólera morbo asiático asoló la ciudad de Las Palmas (hizo un siglo en el verano de 1951), se puso al frente del hospital que, improvisado en una casucha por el beneficiado de la Catedral Don Cristóbal Caballero González, se instaló en el Barrio de San José para atender a los enfermos que caían en las calles sin asistencia, negándose a seguir la ruta de los notables que huyeron hacia los campos para librarse de la Muerte. En dicho centro benéfico, sin los medios apropiados, auxilió a manos llenas a tantos desvalidos afectados por el mal, hasta que, contagiado, cayó para siempre en los primeros y más terribles días de su propagación. Por su destacada actuación como profesor en el colegio y su vida humanitaria, fue enterrado en el jardín del Centro de enseñanza que por entonces estaba instalado en lo que fue convento de San Agustín y actualmente Audiencia Territorial. Don Alfonso Espínola heredó de su padre estas virtudes sacrosantas que lo llevaron también al sepulcro.

Del matrimonio de Don Melquiades con Doña María Vega, habían nacido cinco hijos; tres hembras y dos varones y cuando murió el primero, tenía nuestro biografiado cinco años. Es de suponer, por consiguiente, que los recursos económicos que desde esta Ciudad le enviaba el progenitor, cesaron desde el momento en que cerró sus ojos, por lo que no es difícil sospechar que, sumida en la indigencia, su esposa, procurando animar el recuerdo de su abnegado esposo y sus deberes de madre, con la tristeza de su desolación, prestara todos sus cuidados a la educación de aquellos seres que necesitaban en aquel momento, más que nunca, de la mano rectora del hombre de la casa. Sufriendo privaciones, llorando en su intimidad la



Don Alfonso Gourié

ausencia del que dio su vida en holocausto de la Humanidad y sustituyéndolo en aquellos instantes de flaqueza de ánimo, agotado y vencido, Doña María Vega soportó la marcha de dos años en espera del día que nos ha de traer la ansiada liberación.

Por aquellos tiempos residía en Las Palmas un ilustre ciudadano francés, de posición económica desahogada, muy amigo del difunto Don Melquiades. Conocedor de la situación precaria en que había quedado su familia, se hizo cargo de la educación e instrucción de sus dos hijos varones. Aquel ilustre benemérito, a quien debió la ruta que siguió después y a quien veneraba como su salvador, no olvidándolo jamás en cuantos sitios derramó su ciencia y bondad, se llamó Don Alfonso Gourié, vinculado a respetable familia canaria y a esta tierra, que supo querer y distinguir como si se tratara de la suya propia.

Abiertas las puertas del mundo para el futuro Dr. Espínola, se presentaba éste inmenso y nebuloso, pues, niño al fin, no podía concebir lo que le aguardaba en el suceder de los años. Sin embargo, en sus atisbos de niño mayor sentía que su alma despertaba al toque de la responsabilidad y que confiando en la bondad, la perseverancia y el amor al trabajo, llegaría a triunfar en la vida. Pero sentía también sobre estas impresiones que acababa de recoger en su cerebro infantil, la voz de su madre y el calor que le imprimía siempre, cuando recogía en su regazo, agigantado con la ausencia y con la idea de que pasaría algún tiempo sin oírla y sin gozarla. Por ello, al arribar a Las Palmas para ingresar como alumno interno en el Colegio de Las Palmas, entregó al capitán del buque que le trasladó desde Lanzarote, las pequeñas cantidades de dinero que le regalaron sus parientes y amigos a su salida, para que al regreso del buque le fueran dadas a su madre, que quedaba en su isla, más triste y sola que nunca.

Cuando ingresó en el establecimiento de enseñanza tenía 7 años y como no había estado sometido a esta disciplina, fue observando y recogiendo en su mente la serie de enseñanzas que le daba vida fuera de su ambiente y de su aire. En el establecimiento situado en la antigua calle de Santa Clara, mirando al cielo que se divisaba a lo lejos, oyendo el repiquear

de las campanas de San Francisco y sintiendo los primeros balbuceos de la cultura que empezaba a florecer en la ciudad, por el patriotismo de los hombres de la época, Alfonsito, como era costumbre llamarlo, fue asimilando las explicaciones de sus profesores, con verdadera fruición y pronto sobresalió en sus estudios. Ninguna materia se sustrajo a sus conocimientos, pero parece ser que las matemáticas le encantaron y en hacer cálculos reveló excepcionales dotes. Así lo demostró en la prueba a que fue sometido por el sabio Humboldt, que por entonces hacia sus estudios sobre Orografía de Canarias, y se dice que, sabedor el famoso geólogo, por terceras personas, de la precocidad y predilección del niño, le preguntó en cierta ocasión por la medida en altura de un determinado pico montañoso. El interrogado pensó al principio que le jugaba una broma, pero como Humboldt insistía y Don Alfonso Gourié apoyara su solicitud, observó unos momentos la montaña y a los poco minutos fue señalada con gran complacencia de sus oyentes. Comprobada por Humboldt con sus aparatos, sólo se había equivocado en menos de diez metros.

A los 15 años terminó sus estudios en el colegio, obteniendo en todos sus exámenes la nota máxima con especiales felicitaciones en algunos de ellos de los tribunales examinadores. El noble y generoso Sr. Gourié había cumplido su promesa y los dos jóvenes Espínola regresaron a Teguise, donde su madre vivía la dulce paz de su hogar alentada por la esperanza de verlos crecer y ocupar un puesto decoroso en una cualquiera de las manifestaciones del trabajo.

Ya sabemos que tiene lugar en esta edad, cuando despiertan en el cuerpo por la influencia de las glándulas de secreción interna, al marcar los rasgos de la masculinidad, las más extrañas sensaciones, el momento en que en el cerebro se asientan las imágenes más ampulosas, pues es en ella cuando pensamos en las grandes aventuras y se suceden los sueños más inverosímiles, atrayéndonos el inmenso deseo de conocer el mundo, porque consideramos pequeño el aire que respiramos y nos parecen las montañas, cerrando los límites del horizonte, más cercanos a nuestra vida. Por esta causa, nuestro biografiado ávido de ver y saber lo que ocurría más allá del

horizonte de la Villa, pensó en hacerse marino como único medio de conocer el mundo. Esta decisión hubiera sido tomada, si nadie se hubiera cruzado en su camino, pero como los profesores que le dieron clase en el colegio, querían para él algo más estable y trascendental en que pudiera desarrollar sus facultades y prestar mayor utilidad a sus semejantes, actuaron cerca del Sr. Gourié para que aquellas fueran disciplinadas en dirección beneficiosa para la humanidad.

Cuatro años se sucedieron después de haber obtenido el título de bachiller, para que su protector hiciese volver a Espínola a Las Palmas y creyendo, de acuerdo con ellos, que debía de estudiar la carrera de Medicina, como la más apropiada para merecer de sus semejantes el reconocimiento de los desvalidos, lo envió primero a Sevilla y después a Cádiz, donde cursó su carrera en cinco años, aprovechando la oportunidad, excepcional en aquella época, de poder cursar dos años en uno.

Cuando llegó a la ciudad del Sur de la Península, Cádiz parecía un florón nacido entre la tierra y el mar, sobre la que derramaron sus visitantes los más encendidos piropos, hasta calificarla por la blancura de sus casas y la limpieza de sus calles de "tacita de plata". Rodeada por un mar luminoso, sus famosas murallas detenían el ímpetu de las aguas, dando la impresión de una población cimentada en el mismo y extendida en la tierra con sus torres barrocas en el fondo. Por entonces arribaban a su bahía, pues su puerto no existía, todos los barcos que en la ruta de Indias nos traían el café y cacao, impregnando el ambiente con sus aromáticos olores. Allí hacían escala todas las navegaciones de los mares y la ciudad despertaba, cada día, al ruido de las anclas que caían pesadas al fondo del mar y al de los carriles que dejaban caer pausadamente el velamen agarrado a los palos del buque, después de haber permanecido tenso durante tantos días por el ímpetu del viento.

En Cádiz, ciudad ribereña y más cercana a la isla de Lanzarote, residía la facultad de Medicina; y en ella Don Alfonso, a quien desde ahora le llamamos así, por derecho propio, comenzó a ver de cerca el dolor humano, explorando el arcano de lo desconocido y buscando solución a los problemas

más intrincados de la vida. Su labor en aquel centro de estudios superiores fue calificada de sobresaliente y en los cinco años que duró su permanencia en Cádiz, obtuvo las siguientes calificaciones:

Preparatorio. Ampliación de Física y Química General, Notables, e Historia Natural, Sobresaliente.

1º Año. Anatomía descriptiva 1º curso, Ejercicios de Osteología y Ejercicios de Disección, Sobresalientes.

2º Año. Anatomía descriptiva 2º curso, Ejercicios de Disección 2º curso y Fisiología e Higiene privada, Sobresalientes.

3º Año. Patología general, Terapéutica y Arte de recetar, Patología Quirúrgica y Operaciones, Sobresalientes.

4º Año. Patología médica, Obstetricia y Enfermedades de la mujer y Clínica Médica 1º, Aprobados; y

5º Año. Clínica Médica 2º, Clínica Quirúrgica 2º, Clínica de Obstetricia y Niños y Medicina Legal, Aprobados.

En total 12 Sobresalientes y un Premio, dos Notables y 7 Aprobados, que correspondieron a los dos años estudiados en uno. En los ejercicios de Reválida, obtuvo la calificación de Sobresaliente.

El día 15 de Junio de 1869, obtuvo el título que le habilitaba para el sacerdocio de la más humana de las ciencias. En dicha fecha, el médico Espínola estaba dotado de magníficas condiciones, pues su carácter era tan equilibrado, su espíritu tan ecuánime, su modestia tan sinceramente sentida, que jamás despertó envidias ni enemistades entre sus compañeros, a los cuales profesó cariño de hermanos. No de otra manera se explica que Don Benito Pérez Galdós, que cursó en el mismo Colegio de San Agustín el Bachillerato, hablara con afecto de sus condiciones y que sus compañeros de Facultad, los Dres. Luis Tardio, Baldomero Cuenca, Lorenzo Cabello y Antonio Serratosa, fueran los voceros de su valía intelectual cuando llegó al Uruguay.

habilitaba para ejercer la profesión, y con aquel pergamino, fruto de su trabajo intelectual repetido innumerables noches a la luz de la lámpara amiga, mientras su cabeza apoyada en la palma de la mano devoraba ideas y fijaba en su mente las características patológicas y terapéuticas de las enfermedades, llegó a su pueblo natal donde, en cada alto de sus años de profesión, señaló episodios de altruismo y de esperanza repletos de vinculación con el prójimo.

Al llegar a Teguise estrechó a su madre fuertemente y la besó la cara muchas veces, humedecida por las lágrimas que a borbotones se deslizaban por las mejillas. El médico experimentó las mismas emociones y vio en aquella escena tan ansiosamente deseada la recompensa a la larga ausencia y a los días pasados en el silencio del cuarto de huéspedes, junto a la cama donde fabricaba sus ilusiones y a la mesa cargada de libros, llenos de páginas pletóricas de curiosidades que le fueron enseñando, poco a poco, el dolor de nuestras entrañas.

Y allí, en su pequeña patria, montuosa y llana, con sus antiguos conventos de San Francisco y Santo Domingo, sus calles empedradas y arenosas y sus casas en su mayoría de un sólo piso, abrió su consulta en la que había nacido y vivido sus primeros años, reformada en la actualidad y situada en la calle que lleva su nombre, por acuerdo del Ayuntamiento de esta Villa (fig. 3). En ella comenzó el Dr. Espínola a forjar sus ilusiones para labrarse un porvenir. No es de extrañar, por lo tanto, que en el silencio de la vida pueblerina, donde el sol y el ambiente animan al día con su luz blanca, recia y sana y la noche invita al reposo del espíritu, oyendo a lo lejos el canto del grillo y el croar de las ranas, se despertara en nuestro biografiado el amor por el arte, amor que necesitamos para sobrellevar las angustias que despiertan en el médico sus enfermos, y así le vemos en su mundo, aprender a tocar el violín, el piano, la guitarra y la flauta con la facilidad que se dio el poseer perfectamente conocimientos de Teoría de la Música aprendida en el colegio de Las Palmas, facilidad que le permitió muchas veces componer canciones y bailables.

Esta afición por el arte la heredó también de sus ascendientes y familiares, pues se cuenta que en el salón



Casa donde nació y vivió Alfonso Espínola en la Villa de Teguise, marcada con una cruz. Esta calle actualmente lleva su nombre, en la foto se divisa la placa a la derecha en la última casa, está debajo de una marca que le hago con una línea. La casa está reformada.

hospital que fundó, junto a la ermita del Espíritu Santo, el presbítero Don Agustín Rodríguez Ferrer, mediante testamento otorgado en 5 de Diciembre de 1774, se representaron obras llamadas de capa y espada, bajo la dirección de Don Melquiades Espinola Bethencourt, padre del Dr. Espínola. En estas representaciones teatrales intervenía Don Alfonso, que más tarde desempeñó el cargo de director, poniéndose en escena durante el tiempo en que estuvo al frente del teatro, “*El Mercado de San Pedro*”, drama de cinco actos de autor desconocido, “*Los compadres de Rubicón*”, juguete en un acto de costumbres locales, original de Doña Dominga Espínola, hermana de Don Melquiades, y “*El hallazgo*”, original también de la misma autora, inspirada en las costumbres de los campesinos de Lanzarote.

Actualmente la ermita del Espíritu Santo está totalmente destruida y el salón hospital pertenece al Ayuntamiento que lo conserva como “Teatro Municipal de la Villa de Teguise”.

Otra de sus distracciones consistía en acudir por las tardes, cuando sus ocupaciones se lo permitían, a charlas con sus vecinos, en el sitio llamado “La silla”, ocupado por un banco de piedra situado por delante de una edificación antigua, de techo a dos aguas, que estaba construido cerca de la iglesia parroquial de Santa María de Guadalupe, destinada a guardar los diezmos y primicias de la iglesia de Dios.

No constituye todo, sin embargo, para el profesional, cuando van pasando los años con la monotonía de todos los días, el ir teniendo enfermos y el poseer en su hogar las comodidades que nuestros ascendientes lograron en nuestros obsequios. Los años, como las flores, tienen su olor, y hay unos en los que destacamos los que más intensamente impresionan nuestra alma.

El hombre, como ser más perfecto de la creación, necesita compartir su mal con quien sepa comprenderlo, y por ello nos sentimos solos, cuando no encontramos en nuestro derredor alguien que sepa sostener las alas del corazón. Y vamos caminando y pensando en nuestras preocupaciones hasta que se cruza en nuestro camino la que más tarde ha de ser nuestra compañera. ¡Triste del hombre que despreció este don de la

naturaleza que llega a constituir, para algunos, el principal objeto de la vida! Don Alfonso se sentía alagado por sus pacientes que encerraban en sus pensamientos las frases rebosantes de agradecimiento, Don Alfonso mereció la consideración de sus conciudadanos que le reconocían más altas virtudes; Don Alfonso sentía el cariño de su madre que ante la imposibilidad de mecerlo en su regazo, le prodigaba el consuelo hecho ternura, pero nuestro médico sentía el vacío de la inquietud, del descontento, insatisfecho e inadaptado como si fueran las gotas de agua que faltan para llenar el vaso. Esperaba, pero no sabía a quién esperar, triunfabla y no sabía deleitarse con el triunfo, soñaba y no sabía interpretar sus sueños.

Por aquel entonces, la juventud de Teguise tenía la costumbre de reunirse, después de oír misa, en las casa de la Villa para hacer sociedad en agradables conciertos y amenas charlas. En ella se bailaba, se hablaba alegremente, se hacían juegos de prendas y, antes de despedirse, una de las asistentes, señalaba de antemano en la reunión anterior, se sentaba al piano para interpretar una pieza que había de ser nueva y por lo tanto oída por primera vez. Al Domingo siguiente tocábale a otra en turno y de esta manera iban sucediéndose aquellas gratas veladas que sirvieron de pretexto para que la juventud fuera conociéndose, ya que en aquella época no existían paseos en las calles, cines ni teléfono.

Entre las concurrentes se encontraba con asiduidad, Rosalía Espínola Aldana, destacada por su simpatía y trato de gentes. Esta dama, hija de Don Francisco Espínola Bethencourt y Doña Enriqueta Aldana Vega, estaba ligada a nuestro biografiado por lazos de parentesco y sentía además afición por la música. Establecióse, por lo tanto, una viva corriente de atracción que se hizo manifiesta cuando se dieron cuenta los reunidos de que la referida dama, una vez terminada de tocarse la pieza por quien le correspondía en turno, se sentaba al piano y repetía la que fue oída el día anterior, con gran sorpresa de todos, pues no llegaban a concebir cómo podía ser repetida una obra de la que no existía sino un sólo ejemplar en la Villa.

El misterio quedó aclarado cuando se supo que nuestro

Don Alfonso, haciendo alarde de sus conocimientos musicales, copiaba la que estaba escrita en aquellos únicos ejemplares y la entregaba seguidamente a la señorita protagonista de esta anécdota para que se dispusiera a ejecutarla y aprenderla durante los días que restaban de la semana. Esta preferencia hecha visible por el Dr. Espínola, se tradujo más tarde en noviazgo y últimamente en boda, pues, al cumplir los 26 y 18 años respectivamente, contrajeron matrimonio en la parroquia mayor de Santa María de Guadalupe.

En su Villa natal estuvo ejerciendo la profesión ocho años durante los cuales atendió, con el mayor celo e interés, a cuantas personas requiriendo sus auxilios médicos, acudiendo solícito y rápido a las llamadas de dolor humano, sin mirar las distancias ni la hora en que aquél se presentaba. A este propósito, si los caminos que separaban al pueblo de los domicilios de los enfermos eran largos, recurría como vehículo de transporte al camello, que era animal abundante en la isla. Un día, requerido urgentemente para prestar asistencia a un paciente, se encontró con que el único ejemplar de que podía disponer para cumplir su cometido, estaba en la época de celo y por consiguiente corría el peligro de que el animal le echase a tierra para golpearlo hasta matarle con el callo que posee en el pecho, pues ya sabemos que en este estado es preso de gran excitación. Ante el cuadro, el camellero insistía en que no debía montarlo, pero como su deber era superior al peligro, se llenó los bolsillos de cigarros habanos y, fuma que te fuma, aturdió con el humo los sentidos del animal, logrando apagar la terrible excitación y llegar al punto de destino.

Del trato diario con el cuadrúpedo que le acompañó muchas veces en el silencio de las noches africanas y le condujo a prodigar el bien en muchas ocasiones, nació su afecto por el rumiante, hasta el punto de que, transcurridos varios años y ya viviendo en tierras americanas, se emocionaba intensamente cuando veía desfilar por la pantalla del cine a este animal del desierto, pues acudían a su pensamiento aquellas escenas de verse jinete y envuelto en el humo del cigarro, como si fuera una nube de incienso.

Alfonso Espínola era hombre fuerte, ágil, de cabellera

espesa y bigote caído, de gran desarrollo muscular y amante apasionado de la lucha (*fig. 4*). Tenía por costumbre madrugar y comenzar sus visitas antes de salir el sol y si hacía frío y el enfermo vivía a gran distancia, corría sin parar hasta entrar en calor. Trepaba por las montañas y escalaba peñascos cortados a pico sobre el mar, como lo hicieron nuestros primitivos pobladores, sin miedo al abismo, ya que muchas veces se vio en la necesidad de saltar entre los peligros que presentaban las abruptas montañas, para prestar los auxilios de la ciencia a los recogedores de orchilla (líquenes que se criaban en las escarpadas costas para ser aprovechados por su tinte purpúreo) que quedaban algunas veces colgados de las partes más salientes de las rocas, o caían heridos o deshechos en las profundidades del mar o de los barrancos. Y esta escena resultaba imponente en la grandiosidad de los elementos, pues los isleños, al ver erguirse de nuevo, lentamente, la gallarda figura bien destacada en el fondo azul del firmamento, parecían sentir la viva lumbre de humanismo encendida en el corazón del médico que con ellos sufría el dolor de una vida perdida.

Durante los ocho años de su estancia en la Villa fue su médico titular, prodigando a manos llenas la caridad, dejando monedas debajo de las almohadas de los dolientes o regalándoles animales para su sustento. Una noche fría y ventosa, fue llamado con urgencia para asistir a una mujer que se batía con la muerte en el próximo pueblo de San Bartolomé de Lanzarote, situado a 10 kilómetros de Teguise. No disponiendo en aquel momento de medios de transporte, caminó, corrió, sopportando la lluvia heroicamente, y por fin llegó a la casa de la enferma, aterido, temblando y empapado en agua y lodo. Una, dos, tres, cuatro horas sobre el lecho de la parturienta. Cuando empezó a balbucear el alba, había salvado dos vidas: hijo y madre.

Terminada su labor humanitaria, mientras el sol en el occidente empezaba a secar las tierras humedecidas, Don Alfonso, preso de una gran satisfacción, abandonó el local para disponerse a regresar por el mismo camino que horas antes atravesó, lleno de preocupaciones y de misterio. La luz del día lo iluminaba en toda su extensión y, mientras lo recorría,



Don Alfonso Espínola Vega

acudían a su pensamiento esos diálogos que sostenemos con nosotros mismos, cuando nadie nos interroga ni nos pide pareceres. En esos momentos, acuden a nuestra mente la serie interminable de recursos que se traducen en preocupaciones y alegrías, y es entonces cuando oímos en nuestro interior el martilleo de las cosas desagradables o vibran en los oídos las canciones que recordamos en los momentos tristes.

Entretenido en esas consideraciones, sintió pisar muy de cerca a un hombre que se le aproximaba, y cuando miró reconoció seguidamente al marido de la parturienta que le dijo:

—Don Alfonso, un momento. Mire estos dos duros que se le cayeron sobre la cama.

—Está usted equivocado; eso no es mío.

—Tienen que ser de usted. —Volvió a decirle el hombre—, pues en mi casa no teníamos una peseta y allí no ha entrado otra persona que usted.

De esta manera, compartiendo sus penas y alegrías con su compañera, cuyas virtudes perduraron a través de los años iluminando la estela perenne de su vida, fueron los ocho años de actividad profesional en la tierra isleña, enseñanza emocionante de ejemplo permanente, que iba curando al enfermo, enseñando al ignorante, alemando al débil y acercándose al hombre, para crear en él la conciencia de la importancia de su trabajo y del derecho como contribuyente al bienestar de la comunidad social...

Por lo que antecede, échase de ver que nuestro médico fue un demócrata ferviente y justo, siendo muy posible que en esta manera de pensar encontramos la razón de su marcha de la isla, al negarle su apoyo a su condiscípulo, el ilustre hombre público Don Fernando de León y Castillo, que por entonces aspiraba a la Diputación a Cortes.

Se dice que esta firme decisión, tomada porque tenía ideas republicanas, le valió algunas persecuciones a las que no estaba acostumbrado, y como para nuestro biografiado la vieja sentencia latina, “*no amemos solamente de palabra y con la lengua, sino con la obra y en verdad*”, era oráculo en su vida, resolvió dejar a su país y marchar en busca del Nuevo Mundo que desde aquel momento se le presentaba como un mundo

Don Alfonso Espínola Vega

nuevo. Alfonso Espínola, sin más tesoro que su mujer y tres hijos, comprendiendo que el ambiente que se respiraba en su pequeña patria no le ofrecía la ocasión para dar realidad a sus sueños de expansión, y sin más bagaje que su juventud y un ansia irresistible de seguir trabajando en bien de la humanidad, decidió salir de la Villa y emprender la ruta de los grandes aventureros. A buscar un nuevo ideal concentró sus ánimos y su valentía, y, para lograrlo, pensó en las tierras americanas que se mostraban al hombre como el escenario de la nueva vida. Y así pasaron días y noches metido en su buque, entre cielo y mar, viendo cómo las estrellas del firmamento iluminaban sus pensamientos y cómo halagaba sus oídos la monótona canción que le conducía a tierras desconocidas.

Don Alfonso Espínola en el Uruguay

Año 1878. Espínola en el Uruguay. Al llegar a esta república americana, cumplidos los 32 años, llamaron poderosamente su atención las colinas redondeadas por la presión que con el nombre de cuchillas se levantan por todo el país. Entre ellas, los ríos labran sus cauces y desaguan en el sistema del Plata, sobresaliente por su importancia el llamado Uruguay, que, al establecer los límites de separación con la República Argentina, viene a morir en el gran Río de la Plata, en cuya orilla norte se asienta Montevideo, la capital que encierra una cuarta parte de los pobladores del país y constituye uno de los primeros núcleos urbanos del hemisferio Sur. El clima, húmedo y seco en la costa, es bastante extremado en el interior, pero muy sano en todo el territorio, estando la instrucción primaria muy difundida y su Universidad con todo el prestigio de un sólido centro cultural. El idioma castellano y la religión católica dominante acentúan el carácter latino del territorio, cuyos habitantes, blancos puros en su totalidad, son descendientes de españoles.

La población de Montevideo, construida en una península que forma suave pendiente hacia el mar, limitada al Este por una pequeña bahía de la costa septentrional del gran estuario del Río de la Plata, y al Oeste por el cerro del Montevideo, debe

su nombre a esa elevación de la tierra aislada y coronada por un fuerte y su faro, que se divisan desde largas distancias. El terreno de la ciudad no puede calificarse de montañoso, dada la poca altura de sus desigualdades, pero en él se observan las diferentes sierras y colinas, de las que la más imponente, llamada Cuchilla Grande, Superior o Principal, penetra en la capital y termina en la punta de San José. Asimismo se ven desprenderse de esta cuchilla, a derecha e izquierda, numerosas ramificaciones directas y secundarias, entre las cuales se extienden fértiles valles, cubiertos de quintas, huertas y casas de labor.

Cuando Espínola puso los pies con su familia en la capital de Uruguay, existían en ella 105.000 habitantes, gozaba de un clima ideal y de un cielo azul como pocos y su ambiente, desde los puntos de vista moral e higiénico, era sano, pues asentada sobre un promontorio granítico, estaba perfectamente ventilada y aseada por las lluvias. Era ya una de las ciudades más hermosas de América, de aspecto europeo y moderno, dotada de grandes edificios y situados en las calles centrales y en los arrabales y sus parques, plazas públicas, avenidas y monumentos, daban al visitante la impresión de que en su arquitectura dominaba la regularidad de su trazado y que la vida de su agricultura y comercio se mostraba pujante y servía de núcleo de atracción a los inmigrantes.

Al establecerse Don Alfonso en Montevideo, se le ofrecía un brillante porvenir, pues las noticias que de su competencia dieron los compañeros que le precedieron en tierras americanas, hicieron crear en su torno una atmósfera de respeto que le atrajo una gran clientela. Y fueron primeros los Dres. Baldomero Cuenca y Antonio Serratosa, condiscípulos en la Facultad de Medicina de Cádiz, y después el Dr. Tardio, los que le juzgaron diciendo que fue el estudiante más brillante que pasó por sus aulas y el más querido, respetado y admirado por sus profesores y compañeros, no sólo por su gran talento y gran corazón, sino por el conjunto de condiciones que formaban su extraordinario carácter, ecuanimidad, rectitud y respeto a sus semejantes y valor y amor a los hombres. De su talento baste saber –son sus palabras– “que nuestros propios profesores lo

llamaron muchas veces a consulta, siendo aún estudiante y siguieron en numerosos casos sus consejos con éxito”.

Este tránsito desde la paz augusta de su Villa de Teguise, donde la vida transcurría sin emociones ni preocupaciones, hasta la que ahora palpaba, cosmopolita y moderna, hizo experimentar a nuestro médico una serie de sensaciones que no le permitían admirar la grandeza de la nueva ciudad que iba desarrollándose al compás del progreso y de la cultura humana de una manera vertiginosa. Añoraba el silencio de sus noches africanas, el calor que le prestaban las paredes de hogar y la perfecta compenetración que se había establecido entre él y sus enfermos. Ante la ciudad, se extasiaba contemplando la Avenida 18 de Julio, que la cruzaba de Este a Oeste, la llamada de Pocitos, amplia y hermosa, la Agraciada, extendida desde el centro hasta el punto denominado “Paso del Molino”, el boulevard Artigas, con sus buenos jardines, y las calles Uruguay, de carácter marcadamente comercial y llena de grandes edificios, la de 25 de Mayo y la de Sarandí, donde tienen asiento los más lujosos establecimientos de modas, joyería, música y libros, y en las que el tránsito de los montevideanos llegaba, en ciertas horas del día, a obstaculizar la circulación de carrozas y peatones.

En sus paseos cotidianos por la Capital admiraba la hermosura de sus plazas principales, el Parque del Prado, considerado como el Jardín Botánico de Montevideo y paseo de invierno, atravesado por un riachuelo, bordeado de sauces y adornado por jardines de exuberante vegetación, fuentes rústicas y hermosas estatuas, el Parque Urbano, refugio veraniego por su situación sobre la playa Ramírez y el Parque Central dedicado a campo de juegos atléticos. No menor atracción le sugería la Catedral, situada en la Plaza de la Constitución, que era considerada como uno de los templos más famosos de América del Sur, y cuyos planos fueron hechos en la Academia de San Fernando en España, la Municipalidad de estilo gótico, el palacio del Gobierno, la Universidad, las Facultades de Derecho, Medicina, Enseñanza Media, Comercio, las Escuelas de Artes y Oficios y General Artigas, el Banco de la República, varios hospitales y otros centros

públicos que daban realce y belleza a la ciudad. Idéntica contemplación sentía por la estatua en bronce de la Libertad, que se levantaba en la Plaza de Cagancha sobre una columna de mármol sostenida a su vez por un pedestal y en cuyas manos ondea la bandera de la República.

Espínola miraba y observaba las grandes diferencias que existían entre su pequeña patria, con casas de un piso y calles empedradas y arenosas, y las de la capital de la República, altas, elegantes, de varios pisos enclavados en calles, plazas y paseos, trazados conforme a un criterio arquitectónico de gran estilo. Comprendía que todo lo que vivía en su derredor era la manifestación de la actividad y del talento de los hombres y que en aquel ambiente podían tener realidad los sueños que le animaron a saltar desde un mundo a otro, sin más armas que su inteligencia y su juventud. Por ello, y convencido de la reserva con que la sociedad de Montevideo acogía a los advenedizos y del apego a la vida de familia, no obstante los halagos que le prodigaban aquellos amigos, su alma más sensible al juicio de su propia conciencia que al rumor de externas alabanzas, le condujo como un verdadero misionero a un escenario humilde, más necesitado de su ciencia que de su fama, y para el que era más importante el bien estar de los demás que el suyo, pues el dinero no le halagaba y la fama era su conciencia satisfecha. Así es que dejó asombrados a sus colegas y amigos, cuando un día les dijo: *"En Montevideo no hago falta, pues hay muchos médicos. Me voy a las piedras que no tienen ninguno"*.

Y allí marchó en compañía de su mujer y sus tres hijos a probar fortuna, como un bendito de Dios, en medio de aquellas ocho o nueve mil almas que constituían el pueblo situado a 20 kilómetros de la capital.

Espínola en Las Piedras

Cuando Don Alfonso se estableció en el terreno donado por Doña Petrona Nieves para las veinte familias asturianas que vivían por aquellos parajes y a las que se agregaron más tarde otras gallegas y canarias, adquiría la ciudad su mayor expansión.

Las Piedras, llamadas así por el arroyo que la circunda, estaba compuesta por veinte calles, entre las que descollaban las de General Flores, Artigas y Concepción. En su centro existía una hermosa plaza provista de arbolado y adornada con una fuente de mármol y granito, y entre sus edificios destaca, por su magnificencia, la iglesia, bajo la advocación de San Isidro, dotada de dos esbeltas y elevadas torres, en una de las cuales el reloj señalaba las horas del tiempo y en la otra un juego de campanas servía de recuerdo a los deberes religiosos de sus habitantes. Dignos de mención son también el Colegio Salesiano de estilo ojival, con dos escuelas, los edificios de la Comisaría Auxiliar y del Club Solís, estando la beneficencia regulada por sociedades de socorros mutuos, Asociación de San Vicente de Paúl y Cruz Roja de Señoras Cristianas.

No lejos de la villa, un monumento, levantado en honor del General Artigas, recuerda a sus moradores la célebre batalla en que dicho militar combatió a los españoles y se apoderó de Las Piedras.

En esta ciudad, Espínola comenzó su trabajo, lleno de altruismo y de fe, como si fuera la primera vez que cogía en sus manos el lápiz y la pluma para extender la receta.

Lejos del mundanal ruido de la capital, pensó que su vida empezaba en aquel año y a ella consagró todos sus desvelos.

De su vida médica en su nueva residencia, que duró cuatro años, hay que destacar, con letras de oro, su magnífica campaña asistencial durante la terrible epidemia de viruela que asoló el suelo de Las Piedras por la incultura de sus habitantes, que temían y rechazaban la vacuna y que Espínola soportó hasta agotar su resistencia física. Se comprenderá que, siendo el único médico del pueblo, su trabajo fue abrumador hasta el punto de que muchas veces el mediodía le sorprendía en los suburbios de la población y lejos de su hogar, y por no perder ni un momento del tiempo que necesitaba para sus enfermos, pedía un poco de pan y queso en la primera tienda que encontraba para proseguir su camino, aquel camino donde le esperaba un dolor que aliviar o una vida que salvar. Como su pobreza no le permitía tener y mantener un coche y muchas veces llegaba a su casa para almorzar con los pies doloridos e

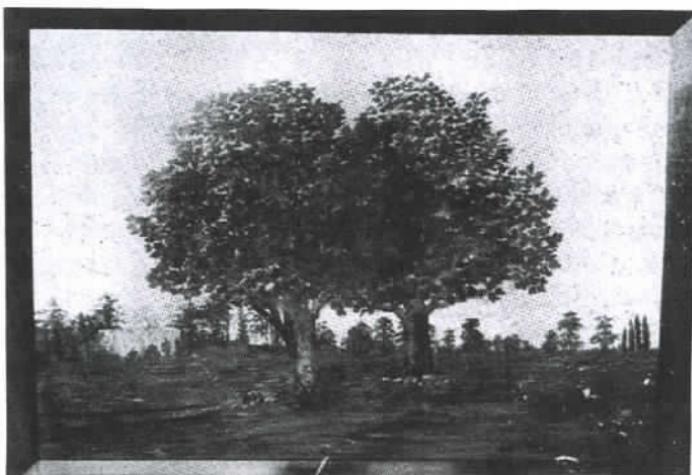
hinchados de tanto caminar, los ponía, a fin de aliviarse, en un baño de agua tibia mientras comía, para reemprender inmediatamente su peregrinaje en zapatillas, porque aquellos no soportaban los zapatos de vestir.

Y de esta manera, deambulando, pasando inquietudes y siendo testigo fiel de tantas escenas escalofriantes, atendió como un apóstol la gran cantidad de enfermos que aumentaba día por día, hasta el extremo de que, en el período de más intenso trabajo, se pasó 15 días con las noches consecutivas, sin tiempo para acostarse, pasándolas junto a una higuera nacida en un terreno baldío, equidistante de los principales focos de la epidemia para que todos los enfermos y familiares lo pudiesen encontrar rápidamente. En ese lugar se turnaban sus amigos para acompañarle en los contados y breves momentos en que permanecía inactivo, no quedando de este hecho histórico más que la constancia, hecha vida, en un cuadro al óleo pintado por Doña Ángela B. de Hernández, que se conserva en el Museo Histórico Nacional, como prueba perenne de la vida ejemplar de nuestro biografiado (*fig. 5*).

Las higueras, por obra de la civilización, desaparecieron años después. En su lugar, se fabricó una casa ocupada hoy por el Liceo, y nadie, quizá contagiado por la modestia extrema del Sr. Espínola, publicó en los periódicos de la época, unas cuartillas de agradecimiento a la asistencia médica que ejerció con tanto cariño como desinterés, o colocara un monolito que recordara a los alumnos y al paseante la generosidad ilimitada de su corazón y la riqueza invaluable de sus sentimientos que puso siempre al servicio del necesitado y del desvalido.

El hecho evidente fue que la viruela pasó por la población sin que aumentara apreciablemente el número de las víctimas y que, durante ella, puso en práctica un procedimiento terapéutico, con el que consiguió que no quedaran en la cara de los pacientes las huellas que suele dejar dicha enfermedad.

Cuatro años duró su permanencia en Las Piedras, durante los cuales se graneó el cariño y la admiración de sus conciudadanos y el respeto y consideración de sus compañeros de la capital, dándose el caso, muchas veces, de que cuando algún enfermo acudía en consulta al entonces maestro de la



Cuadro "Las Higueras" que se conserva en el Museo Histórico Nacional.

Medicina uruguaya Dr. Pedro Visca, no oía éste más que frases elogiosas sobre nuestro médico, al que invitó muchas veces a escribir sus observaciones clínicas, que nunca pudo llegar a formalizar, porque, cuando cogía la pluma para empezar su labor, la llamada urgente de un enfermo le desconectaba el armazón de sus ideas para acudir presuroso al cumplimiento de su deber.

Un día llegó a sus oídos la noticia de que dos médicos jóvenes no se resolvían a establecerse en Las Piedras ante el temor de que les faltara clientela. Comprendiendo el Dr. Espínola que un sólo médico no era suficiente para atender la población, y que si aquellos desistían podía el pueblo sentir la falta de prestación médica en el transcurso de los años, decidió abandonarlo para establecerse en otro de mayor importancia y también situado a poca distancia de Montevideo. Ya he dicho antes que su interés se cifraba en el bienestar de los hombres, anhelando la igualdad en el sentido de que fueran buenos, justos y sencillos para con sus semejantes, sin que la bondad excluyese la altivez del hombre honrado, tan recta como una espada, tan firme como una roca y tan pujante como una marejada.

Al enterarse los vecinos de Las Piedras del propósito de Espínola, nombraron una comisión para ofrecerle, si desistía, doscientos pesos mensuales y libertad absoluta para cobrar honorarios. En aquellos tiempos, doscientos pesos al mes, en Uruguay, eran un gran sueldo, pero Don Alfonso que había probado, día a día y minuto a minuto, que su norte no era el dinero, sino el bien de sus semejantes, prefirió vivir la oscuridad de una vida precaria, yendo a establecerse en San José de Mayo.

Espínola en San José de Mayo

A 95 kilómetros de Montevideo y a orillas del río de su nombre, está situada la población de San José de Mayo, o simplemente San José, trazada, como las que fueron fundadas por los españoles, con plazas más o menos espaciosas, calles

cortadas en ángulo recto, paseos amplios y limpios y un parque arbolado y risueño llamado Rodó. Entre las primeras destaca, por su extensión, la denominada Treinta y Tres y la que da cobijo al espléndido monumento erigido en honor del libertador uruguayo José Artigas. Son dignos de mención, por su importancia social y arquitectónica, la iglesia parroquial, el palacio municipal, el hospital, el magnífico puente sobre la carretera, el Mercado y el Colegio de Religiosas.

Contaba por entonces San José con una población de 14.000 almas; era centro importante por su industria agrícola y ganadera, y poseía, para atender a todas las manifestaciones de la cultura, un liceo de Segunda Enseñanza, numerosas escuelas públicas, biblioteca popular, sucursal del Banco de la República y varias sociedades deportivas y benéficas.

Instalado en su nueva residencia, fácil le fue darse a conocer entre sus convecinos, porque su fama médica labrada en la ciudad Las Piedras había traspasado sus linderos. Durante los dos primeros años transcurridos en un ambiente de tranquilidad y reposo espiritual, su trabajo estaba distribuido ordenadamente entre las distintas horas del día, consagrando las que tenía libres a su hogar, donde veía crecer paulatinamente a sus hijos y donde su compañera compartía las inquietudes que le proporcionaba a su clientela. Pero he aquí que, pasado dicho tiempo, azotó a la ciudad una epidemia de viruela tan terrible como la que se había padecido antes en Las Piedras. De más está decir que desplegó en ella el mismo extraordinario sacrificio y el mismo generoso desinterés, que en la anterior epidemia, hasta el punto de que, estando de visita en la ciudad para enterarse de sus necesidades el Presidente de la República, General Don Máximo Santos, convocó a una reunión a los seis médicos que existían en ella y a algunos vecinos que se habían constituido en comisión de Beneficencia. Ante ella, y convencido de la magnífica labor que había llevado a cabo el Doctor Espínola, felicitóle entusiásticamente y le ofreció el cargo de Médico Mayor del Ejército, cargo que no aceptó por entender que hacía más falta en San José de Mayo.

Por esta campaña fue condecorado con la Orden Humanitaria de París y, más tarde, por el gobierno de Italia,

con la de la Orden de los Caballeros Salvadores de los Alpes Marítimos.

La destacada actividad desplegada en torno a esta epidemia, puso de relieve el altruismo y desprendimiento de que venía haciendo gala nuestro biografiado desde que se instaló en San José de Mayo. Todo el pueblo tenía conocimiento de la pobreza de su hogar y se admiraba del poco interés que ponía en el cobro de sus honorarios, siquiera hubiese sido para su familia dispusiese de lo más indispensable para llevar una vida medianamente cómoda. A tal punto llegó esta admiración, que, preocupados por su manera de ser, una comisión de vecinos le ofreció una póliza de seguros de vida para que, al cerrar sus ojos, pudiera hacerlo con la tranquilidad de dejar a salvo la situación económica de la familia. De más está decir que, ante su negativa en aceptarla, alegando que más falta hacía su importe a los enfermos menesterosos, los visitantes no encontraron explicación a semejante determinación y se hacían lenguas de su alteza de miras.

En el año 1886 el mismo Presidente de la República antes referido, conocedor de los méritos que le adornaban, le nombró médico del Lazareto de la isla de Flores, hermoso edificio de dos plantas, con su torre, ubicado en una plataforma volada sobre las aguas del río. En atención a las razones expuestas por la más alta Magistratura de la Nación, aceptó, desempeñando el cargo, único que cobró en su vida, por espacio de dos años. Durante ellos desarrolló una labor profundamente sanitaria que le tuvo alejado del ejercicio diario, porque su honradez le declaraba incompatible con cualquiera otra actividad distinta de su deber. Era tal su obsesión por no desviarse de su camino, que jamás admitió dádivas ni recompensa alguna que no fueran hijas de la posición que ocupaba. El siguiente sucedido viene a confirmarlo. Un día desembarcó en el establecimiento un cuarentenario que, en gravísimo estado, fue hospitalizado y fallecido más tarde, a pesar de la asistencia cariñosa que le prodigó. Enterada la esposa de su conducta, le envió desde Alemania, por intermedio del entonces jefe de Sanidad Dr. Herrero y Salas, una suma de dinero que el Dr. Espínola

rechazó, alegando que no podía recibir más emolumentos que los que percibía del Estado. No conforme con ello, el Dr. Herrero visitó a su esposa Doña Rosalía Espínola, de la que recibió la misma contestación, por lo que sin hacer caso de las consideraciones que ésta le hizo, dejó el dinero, al retirarse, sobre la mesa y allí quedó hasta que, en el primer viaje que hizo Espínola a San José de Mayo, le fue devuelto al jefe de Sanidad, resolución que dio motivo a la ruptura de relaciones entre ambos médicos.

Desde su llegada a esta población, fue nombrado médico honorario del hospital donde prestó inestimables servicios, dándose el caso, muchas veces, de que no teniendo el suficiente espacio para atender a las necesidades de los enfermos, abrió las puertas de su casa, con notorio peligro para su familia, a los menesterosos que no cabían en él, hasta que, restablecidos, eran reintegrados a su hogar. De esta manera llegó a recoger hasta nueve pacientes, a los cuales prestaba, en unión de su esposa e hijos, la correspondiente asistencia médica, medicinas y alimentos, amén de las sábanas que tuvo que lavar muchas veces Doña Rosalía, para que aquéllos las tuviesen siempre limpias.

La casa era, por lo tanto, un sanatorio completamente gratuito, hasta el punto de que, si estando todas las camas ocupadas, llamaba a sus puertas un pobre paciente, se le habilitaba urgentemente un colchón en el suelo o le cedía su propio lecho. Quedaba, además, abierta e iluminada toda la noche, para que los que requerían sus auxilios llamaran directamente a su dormitorio, a fin de evitar pérdidas de tiempo que podían resultar fatales.

De esta manera daba a los pobres remedios y alimentos, y si no lo tenía, dinero. ¡Cuántas veces, apoyado en su tosco bastón, marchaba por las calles camino de los hogares apenados, lo mismo bajo los ardores del sol que bajo las inclemencias de las lluvias, como un viejo patriarca que se complaciera en gustar todas las disciplinas del deber! Y así se cuenta que, cuando la extrema pobreza del cliente no le permitía alimentarse, el Dr. Espínola reunía a todos sus hijos para explicarles el caso y conseguir que le fuera llevada la comida reservada para éstos.

Por todo ello, nuestro biografiado fue llamado “Precursor de la Asistencia Pública en el Uruguay”, “Padre de los pobres”, “Mártir de su profesión” y “Benefactor de la Humanidad”.

En el año 1899 fundó, en la casa situada en la calle Rincón 39, y secundado por el Dr. Jaime Garau, un laboratorio Microbiológico Antirrábico, que denominó “Dr. Ferrán”, en homenaje al sabio médico español que le proporcionó el virus necesario para iniciar los experimentos (*fig.7*). No sólo se contentaba el Dr. Espínola con la asistencia clínica diaria que le absorbía el tiempo, sino que, deseoso de extender sus conocimientos al campo de la investigación, decidió establecer este primero y único centro en la República, donde adquirió tal importancia, que el ministro de Francia en aquella época, Mr. Burcier Saint Chafray, en una visita que llevó a cabo, quedó tan bien impresionado de la labor en él desarrollada, que sin pérdida de tiempo puso a Don Alfonso en comunicación directa con Pasteur, comunicación que dio origen a una interesante correspondencia científica, que fue interrumpida cuando se vio obligado, por falta de recursos, a cerrar el laboratorio que años antes había fundado con la mayor de sus ilusiones.

Le gustaba enseñar, porque la vida le había hecho profundizar en el conocimiento de las personas y de las cosas. Y así le vemos robándole momentos a la profesión, de profesor en el Centro de Instrucción de 2^a Enseñanza, que funcionó algunos años en San José, dictando cursos de Historia Natural, Idiomas y Astronomía en las clases superiores de las Escuelas de 2º grado para varones, hasta que aquél fue clausurado, y, más tarde, clases gratuitas de Matemáticas, Idiomas, Literatura, Historia, Filosofía y aún Medicina, en su casa. Sobre todas ellas el Dr. Espinola sentía predilección por la enseñanza de la Astronomía, la cual explicaba en las serenas noches de estío en que las estrellas brillan más en el ancho firmamento, disfrutando del descanso al aire libre en la plaza Treinta y Tres. En ellas hablaba de las constelaciones y de los asteroides, poniendo tal calor y entusiasmo en sus disertaciones sobre el mundo sideral, que sus conversaciones resultaban eruditas conferencias en las que transcurrían las horas deleitadas con su saber.



Laboratorio microbiológico antirrábico "Dr. Ferrán".

En el medallón colocado a la izquierda se lee:

"En esta casa el Dr. Espinosa fundó de su propio
peculio el año 1889, secundado por el Dr. Jaime Garau,
el primer laboratorio microbiológico

antirrábico que funcionó en el país. Comisión Nacional de Homenaje -
12 de Octubre de 1949. República del Uruguay.

Tomaba parte activa, entusiásticamente, en las manifestaciones que se celebraban para festejar las grandes fechas históricas. Y cuando, visitando a sus enfermos se encontraba alguna, accedía a mezclarse con la juventud para dejar oír su voz en un discurso improvisado que levantaba una ardorosa salva de aplausos. Otras veces, y con el sombrero en alto, dejando al descubierto las hebras de plata de su cabeza visionaria y con aquella natural prestancia y el entusiasmo de los grandes idealistas, lanzaba un inspirado vivo que era coreado briosamente por la multitud, pues los jóvenes le seguían como a un iluminado.

El Dr. Espínola fue un hombre de extraordinaria fuerza y reconocido valor, pero nunca pendenciero, caracterizándose su conducta por su prudencia y respeto a la persona humana. Pero, así como era respetuoso con todos, no permitía que se rozara en lo más mínimo su dignidad personal.

Un día, al visitar un enfermo en la Quinta de los Naranjos, uno de los dos perros que la cuidaban, enorme y bravo, al ver entrar a Espínola por la larga avenida de árboles que conducía a la casa, avanzó hacia su persona dispuesto a atacarle. El Doctor con la serenidad que le caracterizó siempre, se envolvió la mano en la bufanda que llevaba al cuello y, cuando el perro con la boca abierta se abalanzó, le hundió el puño en las fauces y le inmovilizó.

Durante la presidencia de Idiarte Borda estuvo distanciado, por cuestiones políticas, del jefe de San José. Una noche volvía tarde de visitar a una enferma y frente a la escuela de 2º grado para niños, situada entonces junto a la iglesia, se encontró con los músicos de la Banda Policial que salían del teatro. Sabedores éstos del disgusto que existía entre los dos prohombres y en su deseo de congraciarse con el jefe, se pusieron en fila junto a la pared de las casas para obligarle a bajar a la calle a pesar de llevar Don Alfonso su derecha. Dándose cuenta de la manifiesta intención de ofenderle, no permitió el atrevimiento, a cuyo fin haciendo uso de su poder físico, fue arrojándolos uno a uno a la calzada. Los músicos reaccionaron el grupo, atacándole con sus instrumentos, pero el Doctor Espínola, recostado en la pared, los mantuvo a raya con su bastón que

manejaba como un maestro de esgrima en florete hasta que se los llevaron presos.

Una noche de verano, sentado en la vereda con su familia, esperaba el Doctor Espínola, por momentos, cierto informe sobre un enfermo grave que tenía en tratamiento. Poco después llegó un hombre solicitando urgente visita para otro enfermo que vivía en las proximidades del río San José y como nuestro médico pidiera al recién llegado un momento de espera y éste respondiera con una amenazante frase, Don Alfonso, que se caracterizó siempre por su bondad, pero que no permitió nunca una falta de respeto, giró sobre sus talones y tomándole por el cuello lo zarandéó dando con él en tierra. Acto seguido lo levantó y le dijo: *"Espéreme ahí, que el enfermo no tiene culpa de lo que usted dice"*; y salió a cumplir con su deber.

Otro día, sin embargo, le faltaron las fuerzas y no pudo jugar con su naturaleza. Había sido llamado para asistir a un enfermo que residía en las Sierras del Mal Abrigo, distante sesenta kilómetros de la ciudad, y durante el viaje realizado a caballo, soportó una insolación que puso en peligro su vida, pues empeñado en regresar antes de que declinara el sol para visitar a otro paciente que había dejado grave en la ciudad, cayó del animal sin conocimiento, tras unas pitas que bordeaban el camino. Momentos después fue recogido por su compañero el Doctor Ángel Chiolini, que cruzaba por aquellos alrededores cumpliendo un deber profesional, y gracias a su asistencia y a los cuidados de su familia, su fuerte constitución le ayudó a curarse.

Fue también notable caricaturista y músico, según dije en páginas anteriores, habilidad que sólo desplegaba cuando en el mármol de la mesa dejaba la efigie de algunos de los contertulios que acudían retrasados a la reunión. Otras veces sorprendía a la moza de servicio, que, al volver con el café solicitado y depositar la bandeja sobre la mesa, se encontraba asimismo con sus rasgos salientes.

Un día, víspera de Santa Ana, se encontró con su amigo y paciente Don Tomás Iriarte, presbítero del pueblo, el que manifestó su disgusto porque la persona que le tocaba el armonium se había enfermado y no podía celebrar la fiesta de

Santa Ana con el brillo que deseaba. En aquellos tiempos no se encontraban, en las ciudades del interior, personas que pudieran secundar en casos semejantes al sacerdote, pero el Doctor Espínola, que fue un admirador de Jesús como hombre y tuvo siempre a su cabecera una copia del Cristo de Velázquez, sentía respeto por las personas que comulgaban en doctrinas distintas de la suya, y por ello, sintiendo la angustia del sacerdote, se ofreció, con gran asombro de su amigo, para acompañarle tocando el armonium durante la fiesta, con lo que demostró su tolerancia y su culto a la amistad.

Pero sobre estas cualidades, el Doctor Espínola fue un hombre bueno y caritativo, sin que aquellas excluyeran, como dije antes, una altivez de hombre honrado. Anhelaba la igualdad para los hombres en el sentido de que fueran buenos, justos y sencillos para con sus semejantes. Toda su vida está plagada de un rico anecdotario que le señala como un apóstol de la Medicina y del que voy a entresacar algunas páginas, en la seguridad de que cuanto refiero sólo es la repetición y confirmación de su vida de sacerdocio.

Contaba el general Don Ignacio Bazzano que algunos amigos de Montevideo, teniendo conocimiento de que el Doctor Espínola no cobraba a pesar de su pobreza y de su numerosa familia, resolvieron que se trasladara a San José uno de ellos, a fin de que en nombre de todos aconsejara a nuestro médico que hiciera efectivos sus honorarios. Cuando el emisario, revisando la lista de los clientes, se encontraba con nombre de estancieros, comerciantes y agricultores que tenían posición económica desahogada, le instaba a que se pasara la nota de sus devengos, siempre hallaba el Doctor un motivo para no hacerlo. Y era que al estanciero se le habían muerto muchos animales, al comerciante no le había ido muy bien en los negocios, o no había podido salvarle el hijo al amigo agricultor.

Cierta vez atendió hasta su fallecimiento a un jefe de familia que vivió siempre en posición desahogada, pero a la que los reveses de fortuna redujeron a una situación muy precaria que había necesidad de salvar con los últimos recursos que les

quedaban. Cuando el Dr. Espínola presentó su cuenta al Juzgado, llenó de asombro a la familia del extinto, dada la especialísima situación en que se encontraba ésta y la reconocida filantropía de nuestro biografiado, pero una vez que le fueron satisfechos sus honorarios, tomó el camino de la casa de los herederos y depositando el dinero sobre la mesa del comedor les dijo: “*Ya que no he podido evitar la muerte de vuestro padre, les entrego el importe de mi asistencia, que es lo único que he podido salvarles*”. De más está decir que, ante el gesto de nobleza de aquel hombre, todos quedaron llorando.

Una mañana, estando en la confitería de Mascheroni, sitio por donde solía pasar con frecuencia, se presentó el padre de un niño pobre a quien había atendido durante meses por padecer enfermedad grave. El agradecido hombre le traía cuarenta pesos, fruto de la venta de la vaca que tenía para dar leche a sus hijos, pero el Doctor Espínola, devolviéndoselos, le encargó sobremanera que volviera a adquirir el animal a fin de que no le faltara dicho alimento. Y es de destacar este gesto, porque aquel día no tenía nuestro médico que comer en su casa.

En una ocasión, trabajando una compañía de artistas en el teatro Vallebona, enfermó gravemente la primera dama al llegar a su término la temporada, por lo que tuvo que quedarse en San José con su marido, hasta que éste se vio obligado a continuar con la compañía, en cumplimiento de su deber. Pasados unos días y restablecida la enferma, decidieron dar una función de agradecimiento en honor a nuestro héroe, a la cual fue invitado con toda su familia. Terminada la representación, la artista, profundamente emocionada, recitó un monólogo relatando el caso ocurrido en una ciudad del país, a una artista enferma, a la que asistió un médico generoso, con todo respeto y caballerosidad. Y para no herir la modestia de Don Alfonso nombrándolo, terminó con esta frase: “*Ese pueblo es San José; la artista enferma soy yo*”. Y sus ojos llenos de lágrimas, se fijaron en el Doctor Espínola.

Un estanciero muy enfermo estuvo en tratamiento con varios médicos de Montevideo sin conseguir mejorarse. Desalentado, decidió volver a su casa, despreocupándose de su estado, para atender sus intereses algo descuidados por su

enfermedad. Y como ésta seguía su marcha progresiva, a instancias de varios de sus amigos, se fue a ver al Doctor Espínola.

Al despacharle el farmacéutico el medicamento recetado y hecho efectivo su importe de cuarenta céntimos de peso, no es para contada la desilusión con que recibió la medicina, pues, razonando lógicamente, decía que si su enfermedad no se había curado con específicos, de alto precio, no podía hacerlo una tan insignificante. Su primer impulso, por consiguiente, fue no tomarla, pero siguiendo los consejos de su familia y amistades, continuó el tratamiento con Don Alfonso, hasta que se puso bueno. Cuando le hizo su última visita, el cliente agradecido volcó sobre la mesa su cinto lleno de monedas de oro, en pago a su curación. El Doctor Espínola sólo cogió una, y como insistiera el estanciero para que las cogiera todas, puesto que todas le pertenecían, con la honrada altivez que le caracterizaba, terminó la discusión diciendo que no había ganado tanto.

Entre las curas famosas que había hecho en San José de Mayo, se cita la de dos comerciantes ricos de la localidad, desahuciados por sus restantes compañeros del pueblo y algunos de Montevideo. Como al serle solicitadas las cuentas de sus honorarios, el Doctor Espínola se negó a hacerlas efectivas, resolvieron entre los dos regalarle un coche, ya que no poseía ninguno. Uno de ellos aportó una magnífica victoria, vehículo de lujo que se usaba mucho en aquella época y el otro un soberbio tronco de caballos.

Convenientemente equipado, enviaron el coche con un conductor para que se lo entregara, y cuando Don Alfonso se vio ante aquel espléndido regalo, reaccionó ordenando su devolución e insistiendo en que nada le debían. Aclarando este extremo, los agradecidos clientes dejaron el coche frente a la casa, pero encargaron al cochero que lo dejara solo, para que Don Alfonso no le diera órdenes.

Así fue como el Doctor Espínola tuvo, por un tiempo, un magnífico coche hasta que, pasado el año, se vio en la necesidad de deshacerse del conductor por no poder pagarle, y más tarde de los caballos y del coche, por las mismas razones.

El Dr. D. Alfonso Espinola

Ha muerto hoy á las 3 a. m.

Se significó durante su vida por el acendrado amor á sus semejantes.

Fué un benefactor de la humanidad y acreedor á un homenaje póstumo.

Unidos por un mismo pensamiento los vice-cónsules de España, Francia, Italia y Repùblica Argentina y las comisiones directivas de las asociaciones de socorros mutuos Española, Francesa, Italiana, Circolo Napolitano y Sociedad Cosmopolita, invitan los unos á sus connacionales y los otros a sus coasociados al entierro del doctor don Alfonso Es-

pinola, que tendrá lugar mañana a las 9 y media p. m.

San José Julio 20 de 1905.

Eladio Sanchez Bombín, vice-cónsul de España; José Lamaison, vice-cónsul de Francia; Dr. Francisco Giampietro, vice-cónsul de Italia, Erasmo Callorda, vice-cónsul de la Repùblica Argentina; Manuel Jonte, presidente de la Asociación Española 5ta. de Socorros Mútuos; Miguel Arroqui de la Sociedad Francesa; Enrique Genina Zzi de la Sociedad Italiana, Domingo Romano del Circolo Napolitano; Cecilio González de la Sociedad Cosmopolita.

Casa Mortuoria: Calle Sarandí esq. Solis

Y así podríamos seguir refiriendo numerosos actos de su vida que no harían sino confirmar lo que llevo expuesto. Para él, el deber era el camino por donde conducía sus acciones de hombre de bien. Fue humilde y caritativo; pudo ser poderoso y prefirió vivir en la oscuridad de una vida precaria, curando con idéntica solicitud al pobre como al rico. Al menesteroso le decía siempre: “*Espera*”, al humilde: “*Ten firmeza en la virtud*”; al escéptico: “*Ten fe*”; al hombre de pensamientos: “*Reflexiona*”; y al filósofo: “*Se justo*”.

Con estas guías que le hacían caminar hacia la máxima eficacia social, fue minándose poco a poco su existencia hasta que su enfermedad del corazón le postró en cama. Y aún en ella, no pudo permanecer silencioso a las voces de angustia que a su bondad y competencia acudían. Una noche, ya enfermo, desoyendo los consejos de su esposa e hijos que le velaban místicamente, abandonó su lecho de muerte para atender a un paciente que no encontraba asistencia médica. Sin fuerzas, hinchado por el edema y obedeciendo a la conciencia de su sacerdocio, marchó a pie a cumplir con su deber. Cuando regresó de su visita, ya agotado, no pudo subir el umbral del zaguán y falleció pocas horas después. Eran las tres de la mañana del 20 de Julio de 1905. Aún no había cumplido los sesenta años.

Así terminó su vida, pero no murió su fama, que sigue trascendiendo, a pesar de los años transcurridos, como un incontenible perfumado incienso que se guarda en los corazones agradecidos. El pueblo maragato le juzgó exactamente el día de su muerte, pues sin distinción de clases sociales, ni de ideas políticas y filosóficas, acompañó llorando los restos de aquel hombre que había sido como una bendición extendida sobre los hogares humildes. Asistieron al homenaje, unidos por un mismo pensamiento, los vice-cónsules de España, Francia, Italia y República Argentina, las comisiones directivas de las asociaciones de socorro mutuos española francesa, italiana, Círculo Napolitano y Sociedad Cosmopolita, que habían invitado por hojas sueltas a sus connaturales, concurriendo todas las agrupaciones con sus banderas e insignias. El comercio cerró sus puertas y los

obreros en tropel le acompañaron hasta el último y definitivo rincón de su vida. La banda de música interpretando el sentir popular dejó oír la marcha fúnebre y al llegar a la necrópolis los oradores pronunciaban el juicio de la historia fiel y justo, en tanto la tierra, que fue testigo de sus valimientos, iba cubriendo el cuerpo de aquel sacerdote de la medicina para convertirse en polvo (*fig. 8*).

Constituyó el Doctor Espínola un raro caso de robustez física, mental y moral, en cuya personalidad se aunaron, por designios de su destino luminoso, todas esas cualidades que hacen del hombre y del profesional un ser elegido.

Su religión por la ciencia, su mística del sufrimiento y su reverente sumisión ante el dolor del desheredado, le hacían alcanzar la hermandad y practicarla con una clara conciencia de la justicia social y del deber. Pudo tenerlo todo, comodidad, honores, distinciones profesionales y altos cargos y, sin embargo, prefirió combatir la ignorancia y la enfermedad en las regiones apartadas de la capital, con un alma templada de maestro firme e inteligente. Espíritu abierto a los grandes altruismos, a las profundas consideraciones, al amor de sus semejantes, hizo un apostolado de su ciencia sacrificando su bienestar y el de su familia al bien común.

Hombres como éstos viven a través de las generaciones, porque dejan, como el sol, una estela luminosa en su trayecto. El cuerpo se sumergirá en la noche del olvido, pero el alma tiene su brillante amanecer en el oriente de la gloria.

Homenajes póstumos

Ha transcurrido cerca de medio siglo y todos los años, como recuerdo perenne del pasado, la prensa de San José de Mayo y Montevideo, dedican las columnas de sus páginas a reverdecer el culto al médico ilustre, que en tierras lejanas supo dar a conocer la suya, nacida en el Atlántico. Y a estas islas llegan con relativa frecuencia, noticias de los homenajes que los americanos han dedicado al que hizo de su profesión un culto.

Poco después de su fallecimiento, el Doctor Teodoro

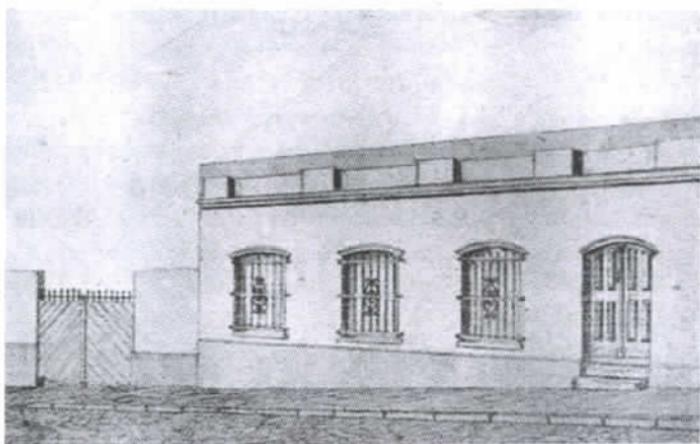
Nicola, residente en la República Argentina, escribió al Notario Lisandro V. Freire, en San José, una carta, en la que lanzaba la idea de erigirle un monumento por suscripción pública, idea que fue recogida por un comité constituido por médicos y otros caracterizados vecinos, el que al cabo de algún tiempo se disolvió sin haber realizado su propósito.

En el año 1908, el Doctor Orestes Araujo publicó, en el *Diario Español* de Montevideo y en la *Galería de Españoles notables*, la biografía del Doctor Espínola. En el 1912, séptimo aniversario de su muerte, el periódico *El trabajo*, de San José, organizó una peregrinación hasta su sepulcro. En el 1916, por iniciativa de los estudiantes liceales de San José, la Municipalidad designó con el nombre de "Dr. Espínola", una calle de la ciudad. En 1920, los médicos Juan Pedro de Freilas y Adolfo Cordero presentaron a la Cámara representativa de San José, un proyecto que fue aprobado por unanimidad, en el cual se pedía la creación de un Laboratorio de Análisis en aquella ciudad, con el nombre de Alfonso Espínola.

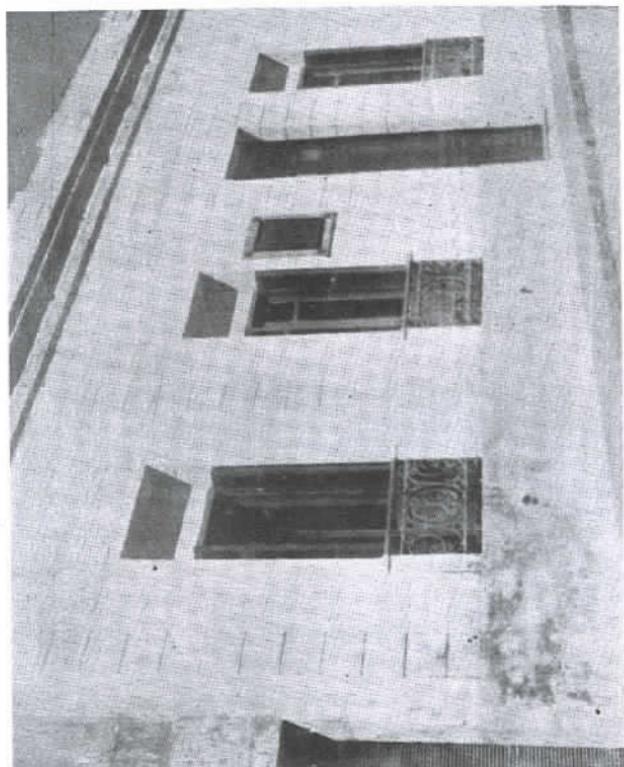
En el 1926, se constituyó un Comité Nacional de Homenajes al famoso médico de Montevideo y otros dos, uno en la ciudad de Las Piedras y otro en la de San José, de cuya labor podemos darnos cuenta por los siguientes actos celebrados:

a) Colocación de una placa de bronce y granito en el frontis de la casa donde murió que lleva la siguiente inscripción: "*El 20 de Julio de 1905 falleció en esta casa el benefactor de la Humanidad Doctor Alfonso Espínola. Sabio, filósofo, médico y filántropo. Nació pobre, vivió pobre haciendo el bien y murió pobre. San José. Julio XX de 1926*". La casa en que cerró sus ojos el benefactor de la Humanidad, fue reformada después para dar cabida a la oficina directiva de la Escuela Industrial que fundó en el año 1920, la Srta. María Espínola Espínola, hija de nuestro biografiado. En su frontis quedó empotrada la referida placa, como ajustada síntesis de la historia de su gloriosa vida y fue obra de la gratitud popular, representada por el Comité Popular encargado de llevar a cabo el homenaje (fig. 9).

b) Colocación de una placa de granito con la cabeza en bronce del Doctor Espínola que se fijó al frente de la Policlínica



Croquis de la casa en que falleció el Dr. Alfonso Espínola el 20 de Julio de 1905,
tal como era en aquella época.



Casa reformada, donde falleció el Dr. Espínola y en cuya placa de bronce y granito colocada en el frontis se lee: "El 20 de Julio de 1905 falleció en esta casa el benefactor de la Humanidad Dr. Alfonso Espínola. Médico, filósofo, sabio y filántropo. Nació pobre, vivió pobre, haciendo el bien y murió pobre. San José, Julio XX de 1926".

del Hospital de San José, en gracia a su filantropía y noble apostolado, recordado por el pueblo al cabo de veintiún años, como si su prestigio continuara moviendo las fibras de su corazón y avivara perennemente su historia. Esta colocación de la placa tuvo lugar el 25 de Julio de 1926, en acto conmemorativo presidido por el Dr. Chiolini, Director del Hospital, en nombre del Dr. José Martirene, Director General de Asistencia Pública Nacional; y en ella se leen para enseñanza y respeto de la juventud las siguientes palabras: "*Doctor Alfonso Espínola, médico eminent e y de gran corazón*" (fig. 10).

c) Explicación de su biografía por los maestros a los alumnos de todas las escuelas del país, acompañada de una semblanza del homenajeado y el retrato del médico apóstol con algunas anécdotas de su vida. A este homenaje se adhirieron el Consejo Nacional de Asistencia Pública, El Consejo Nacional de Higiene, el Club Médico, el Sindicato Médico, la Asociación de Estudiantes de Medicina, la Liga de Bondad y la Asociación femenina de las escuelas públicas de San José y Montevideo.

d) Colocación de su retrato en el salón de actos públicos de la Asociación de Estudiantes de Medicina, junto al del genial escritor José Enrique Rodó, porque ambos supieron encarnar maravillosamente al famoso personaje que se llamó Ariel. Este homenaje tuvo lugar el día 5 de Enero de 1926, en memorable velada donde dejaron oír su voz, en nombre de la Asociación, el Dr. José Pedro Cardoso, que justificó la colocación por tener el convencimiento de que su presencia enseñará a las generaciones que se sucedan el camino recto y la senda luminosa, ya que el ser médico de cuerpo y de alma, filósofo, sabio y forjador de mentes juveniles, quiere decir que se es inmensamente bueno. La Doctora Paulina Luisi, que lo hizo en nombre de las madres agradecidas al paciente tesón del médico santo, y el Doctor Alfonso Lamas, profesor de la Facultad de Medicina, que lo hizo terminando con estas palabras: "*Si alguna vez el error humano llama a las puertas de esta casa invitando al desvío a sus jóvenes moradores, que el espíritu luminoso de Alfonso Espínola sirva de guía a la recta vía del honor y del bien*".

e) Concesión, por los poderes públicos, de una pensión vitalicia a la viuda del abnegado médico.

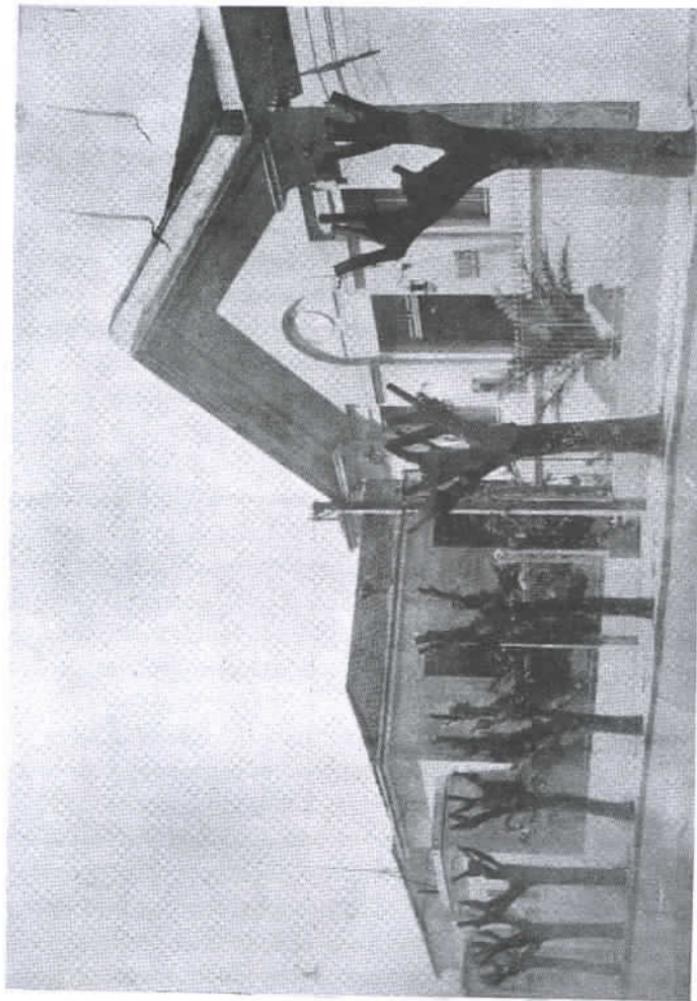
f) Colocación de otra placa en bronce, en la Casa Consistorial de Santa Cruz de Tenerife, sobre la puerta que da acceso a la calle Fernán Núñez, por gestiones de las Asociaciones Españolas del Uruguay. Este homenaje motivó una extensa nota dirigida al Ministro de España en el Uruguay Don Alfonso Danvila, en la que entre otras cosas se decía que “*Volviendo los ojos hacia el solar de donde un día partiera este caballero andante de noble ideal de humanidad, ha querido que también en la capital de la provincia natal, el nombre del Doctor Espínola sea consagrado de manera definitiva como corresponde a la alta alcurnia espiritual del llorado filántropo, que agregó a los blasones de su sangre la admiración de un pueblo que lo llevó en su corazón al lado de sus más puras glorias nacionales.*”

Dicho acto tuvo lugar el día 25 de Julio de 1927, concurriendo la población tinerfeña en masa, autoridades, cuerpo consular y personas de relieve cultural, que pusieron una nota afectiva a quien supo prestigiar el nombre de Canarias en tierras americanas.

g) Colocación, en la galería del Museo Histórico Nacional, del cuadro al óleo que, representando las históricas higueras de Las Piedras, realizó la pintora uruguaya Doña Ángela B. de Hernández.

h) Designación con su nombre a una de las calles de Las Piedras, por acuerdo de la Municipalidad.

Al cumplirse el centenario del nacimiento de Don Alfonso Espínola y respondiendo a la gran obra que el apóstol había llevado a cabo durante 27 años que estuvo ejerciendo en el Uruguay, se acordó plasmarla en un homenaje nacional que tuviese caracteres de explosión popular. No otra cosa merecía quien siendo médico, profesor, filósofo y hombre caritativo hasta el límite de las virtudes, supo llegar un día desde remotas tierras sin más bagaje que el de sus humildades santificadas por el bautismo del ajeno dolor y estremecer a la hora de su muerte todas las cuerdas de la sensibilidad del pueblo, arrancando, a cada una, la nota armoniosa que suena en los oídos, como una



En la placa de granito con la cabeza en bronce del Dr. Espinola, colocada en su frontis se lee "Dr. Alfonso Espinola, médico eminentemente y de gran corazón".



Placa en bronce colocada en la Casa Consistorial de Santa Cruz de Tenerife,
donde se lee: "Al ilustre hijo de la Villa de Teguise
Doctor Don Alfonso Espínola, sabio, filósofo,
médico y apóstol, que honró a su patria en América.
† el 20-7-1905 en San José de Mayo.
Los españoles del Uruguay".

Don Alfonso Espínola Vega

eterna canción a la belleza del bien y a la grandeza del amor entre los hombres.

Para realizarlo, fue nombrada una comisión organizadora constituida por lo más prestigioso de las letras, artes y ciencias de la República, desde el Excmo. Sr. Ministro de Salud Pública Don Lisandro Cersosimo, como Presidente de Honor, hasta los más cultos periodistas, estando integrada además por ministros, subsecretarios, senadores, diputados, presidente del Banco de la República, catedráticos, profesores, directores de periódicos y gran número de médicos y abogados.

Reunidos sus componentes, quedó nombrado el Comité ejecutivo formado por su Presidente, el General Edgar Ubaldo Genta, los Sres. Don Enrique Crosa, Don Domingo de Arce, Don Luis Herrera Rodríguez, Don Santiago Gastaldi, Don Luis E. Pérez Pereyra, la Sra. Doña Clementina R. de Aguirre Ponce de León y los Sres. Doña Elena Rossi Deluchi y Don Ernesto Salas Méndez, que actuaban como secretarios.

Uno de los primeros acuerdos tomados fue el de colocar el retrato al óleo del Doctor Espínola, en la hermosa sala de actos de la Facultad de Medicina de Montevideo, en un acto académico digno de la figura de este apóstol y una exposición iconográfica relativa a su vida y obras (*fig. 12*). A tal efecto, pocos meses después circuló por la capital el programa del homenaje, que tuvo caracteres de exaltada ceremonia, en el que intervinieron, ante un público selecto y numeroso, el cuarteto de música de cámara del S.O.D.R.E., el profesor Don Alfonso Lamas, médico, como Presidente de la Comisión Nacional de Homenaje, el Doctor Rodolfo Almeida Pintos, en representación del Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social, el Doctor Juan Carlos Plá, como profesor de Clínica de la Facultad de Medicina, que, mediado su discurso, estalló en sollozos incontenidos de espontánea emoción, el profesor Don Alfonso Vázquez Gómez, la escritora Elena Rossi Delichi, el general Don Edgardo Ubaldo Genta como presidente del Comité ejecutivo de Homenaje y el Decano de la Facultad, Dr. Don Abel Chifflet, que cerró el acto improvisando una vibrante oración que terminó con las siguientes palabras: “*Muchos se preguntarán por qué figura en esta casa el retrato del Doctor*

Alfonso Espínola, que no fue profesor ni siquiera alumno de la misma. Es, Señores, que en adelante nuestra facultad seguirá las normas del Sr. Espínola y desde hoy le llamaremos ¡Nuestro Maestro!.

Terminado el discurso del doctor Alfonso Lamas, fue descubierto el retrato de Espínola, que estaba envuelto en la bandera uruguaya, quedando en medio de una atronadora salva de aplausos incorporado al seno de aquel centro cultural prestigioso, junto a la de otros tantos maestros que fueron gloria y honor de la República, vigilando el alma de la juventud y enseñándole con su historia a ser buena, heroica, humilde y a no alejarse de la filosofía, pues triste es confesar que en los momentos actuales muchos médicos quieren ser cerebro y no corazón.

El 8 de Octubre de 1946, la Intendencia Municipal de San José, obtuvo del Presidente de la Comisión ejecutiva del Homenaje Nacional, la correspondiente autorización para colocar la placa conmemorativa en la casa en que el Dr. Espínola fundó el primer Instituto Microbiológico Antirrábico que tuvo el Uruguay. Como dije en páginas anteriores, este Centro, ubicado en la calle Rincón 39 y donde trabajó Espínola secundado por el Dr. Jaime Garau en el año 1889, hasta que se vio obligado a clausurarlo por carencia de recursos, fue enaltecido con dicha distinción el 11 de Diciembre de 1949 en acto público, en el que tomaron la palabra el Excmo. Sr. Ministro de Salud Pública, Dr. Lisandro Cersosimo, Dr. Alfredo Tedesco, Intendente de dicho Departamento, Dr. Ernesto Sala Méndez y el general Don Edgardo Ubaldo Genta. Todas las primeras autoridades del Departamento y numeroso público asistió al acto, dando una nota simpática y emotiva los alumnos escolares que acudieron al homenaje.

En 20 de Julio de 1943, "El Pueblo", periódico que se publicaba en San José de Mayo, recogiendo el sentir de sus habitantes, puso de manifiesto la labor que como maestro de la juventud había llevado a cabo el Dr. Espínola durante los años que ejerció la profesión de la Medicina en dicha ciudad. Por otra parte, ya hemos dicho que Don Alfonso fue educador, en la más honda y extensa significación del vocablo, pues fueron sus discípulos los niños en las escuelas de 2º grado de Las Piedras y San José, los jóvenes de los Institutos de 2ª Enseñanza mientras



Parte de la sala de Actos de la Facultad de Medicina de Montevideo, donde se ve el retrato al óleo del Dr. Espínola y la exposición iconográfica relativa a su vida y obras.

funcionaron, y en su casa y en la plaza pública, cuando estos centros se clausuraron.

Como consecuencia de esta labor, pasaron por los bancos de los establecimientos de enseñanza, niños que después fueron destacados hombres de la cultura uruguaya, a los que inculcaba en sus espíritus cosas grandes y bellas, con aquella sonriente faz en la que brillaba siempre la serena bondad de un apóstol.

Por entonces, la Liga Patriótica Nacional de Montevideo nombró la Comisión Departamental de San José, que secundó eficazmente los trabajos de la Liga Patriótica Nacional, organizando conjuntamente con Don Gabriel Deza y don Leandro Rodríguez actos culturales en el entonces teatro Vallebona. Hemos dicho también, que fue profesor del Centro de Instrucción, renunciando a sus honorarios para con ello enriquecer la biblioteca del Instituto. Por estas razones, se echa de ver que los méritos que tenía el Dr. Espínola eran más que suficientes para que su nombre figurase al frente de la casa de estudios de la juventud, ya que su nombre sintetiza todas las cualidades que idealmente deben despertarse en los que se inician: sabiduría, talento, modestia, filantropía, virtud, bondad evangélica y carácter, arraigadas tan hondo en su espíritu, que ni la pobreza en que se desenvolvía su vida consiguió variar un ápice su inflexible conducta moral. Corroborando lo dicho, de él dijeron sus discípulos que su palabra fue el evangelio en la que aprendieron las primeras formaciones absolutas y su ejemplo, el astro radiante, ante cuya presencia los horizontes se dilataban en perpetuas claridades, mientras la juventud, con el alma de rodillas, se sentía atraída al sacrificio en busca de la grandeza moral del pueblo libre fecundo, laborioso y justiciero.

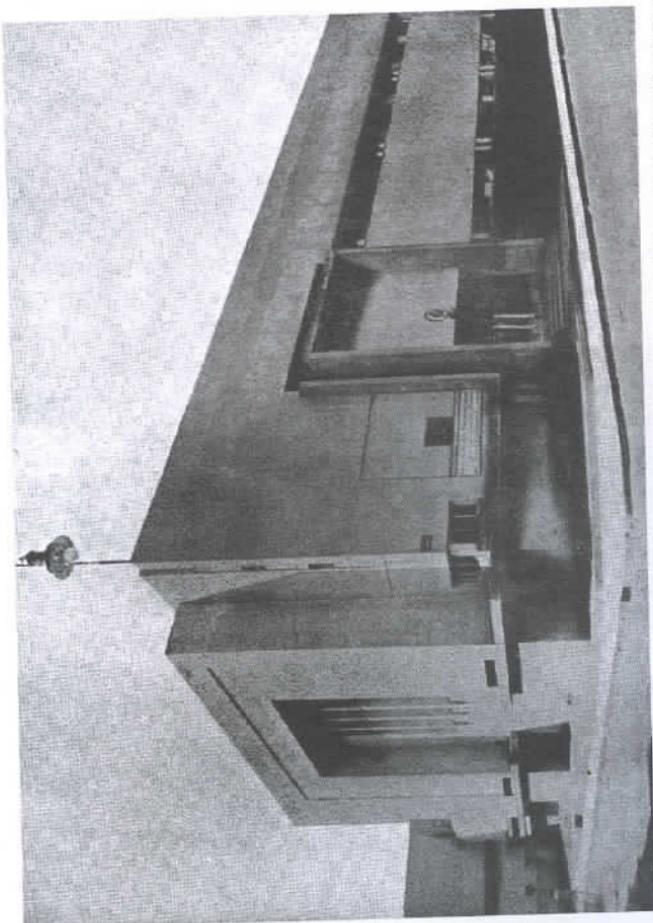
Por estas razones, tiempo después, en la sesión del Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria, celebrada en 24 de Febrero de 1947 y con asistencia del Director arquitecto Horacio Hazzanari, de la Sta. María Orticochea, la Sra. Carmen Garayalde de Massera, Don Rafael Ruáño Fournier y del Secretario Don Amílcar Tiribocchi, la Sta. Orticochea expuso una serie de hechos destacadísimos realizados por el Dr. Espínola, que dieron lugar a que se acordara dirigirse a la

Superioridad, solicitando denominar al Liceo de San José con el nombre de Alfonso Espínola, propuesta que fue aprobada por unanimidad y llevada a la realidad con toda unción y justicia.

El 26 de Agosto de 1947, el Poder Ejecutivo de la Nación y en su nombre el Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social, dirigió a la Asamblea General un extenso escrito, en el que después de hacer relación de los méritos que aureolaban la vida del Dr. Espínola, sometían a la consideración de la misma un proyecto de ley, por el que se autorizaba al Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal para dar el nombre de "Doctor Alfonso Espínola", a la Escuela n° 67 de 2º grado de la capital (*fig. 13*).

Pasado a informe de la Comisión de la Constitución, Legislación General y Códigos de la Asamblea, fue aquél evacuado poniendo de relieve la figura extraordinaria del Dr. Espínola que pasó por la vida dejando el deslumbramiento que nimba el recuerdo de los milagros, ya que poseía el alma legendaria de un santo, poniendo su ciencia al servicio de los pobres, que llevó a efecto una portentosa labor como maestro de varias generaciones de jóvenes, dictando las más encontradas materias y que desarrolló una obra cultural que arrancó los más calurosos elogios a quienes la juzgaron. Por estas razones, la referida comisión propuso lo que se pedía, basada en que dicha concesión era la mejor manera de que los hombres del mañana sintieran de cerca la lección del recuerdo de su vida y la lección de su ejemplo, que es la cátedra más alta y pura.

Este informe extendido en 27 de Octubre de 1948 por la comisión, compuesta de los miembros Sofildo Hernández, Antonio Gustavo Fusco, Saúl Pérez Casas, Juan Gregorio González, José Miranda, Alfredo J. Solares y Euclides Sosa Aguiar, y que se añadió al proyecto de Ley firmado por el Ministro Don Francisco Cortezá, fue llevado a la Cámara de Representantes, donde después de puesto a discusión, fue aprobado y acordado dar el nombre de "Doctor Alfonso Espínola" a la escuela de 2º grado n° 67 de Montevideo, ubicada en la calle Sarandi esquina a Maciel, donde estuvo



Escuela de 2º grado n° 67 de Montevideo ubicada en la calle Sarandí, esquina a Maciel, denominada "Dr. Alfonso Espinola".
En la placa que se ve a su frente, se indica que en ese lugar funcionó la antigua Facultad de Medicina de Montevideo.

funcionando la antigua Facultad de Medicina.

Palabras finales

Por lo expuesto, se echa de ver que la figura del Dr. Espínola fue realmente extraordinaria, pues quienes a él se acercaron, tuvieron la sensación de lo inmenso que rayaba en bondad, en ciencia y en heroísmo para hacer el bien, en carácter para sostener la virtud y en altivez para defender sus ideales.

Pasó por la vida, como dijo en su informe la Comisión de Constitución, Legislación General y Códigos, dejando el deslumbramiento que nimba el recuerdo de los milagros, porque dentro de un mundo utilitario, egoísta, interesado y brutal, es algo destacado el paso de este hombre, para quien nada valieron los valores que ciegan la codicia de los demás, y en cambio vale todo ese tenue e inestimable don que es la realización del bien y la lucha por el ideal.

Fue un preocupado intelectualmente, pero con el alma legendaria de un santo. Toda su ciencia estuvo al servicio de los demás, de los más pobres, de los más dolidos, de los que no podían retribuir el gran servicio prestado, nada más que con la emoción de la lágrima, o con el calor de la mano tendida en el gesto cordial. Hizo donación de algo más que su ciencia, para aliviar el mal ajeno, pues entregó su actividad humana integral, su vida toda, su dinero siempre escaso para él, pero lo suficiente para ser compartido por los míseros, su hogar constituido más de una vez en hospital para los desheredados de la fortuna, y hasta su familia, que lo seguía con la obsesión del sacrificio.

Sírvanos, pues, el ejemplo de su vida inmaculada, para cuando sintamos el choque de las pasiones encendidas, de los odios infecundos, o de la codicia desatada, hallar el refugio en la pureza de su alma, símbolo de bondad, de desinterés y de altruismo, que es ser, en fin de cuentas, héroe del bien, en un heroísmo desgranado durante las horas de toda su vida, y no en un sólo acto heroico, que es fruto, algunas veces, de un irreflexible impulso generoso.



Excmo. Ayuntamiento
de Teguise

ISBN 84 - 97909 - 05 - 1

A standard linear barcode representing the ISBN number 84-97909-05-1.

9 788497 909051